

SUMARIO

Editorial

Estudios: El Sacerdote ante el desafío de la nueva evangelización.  
Julio Terán Dutari

Liturgia: La inculturación. La Creatividad.  
Alberto Aranda

Testimonio  
El Padre Alberto Hurtado y nosotros.  
Carlos Camus.

Nuevo beato chileno. Homilía del Papa Juan Pablo II

Espiritualidad  
La importancia de la coparticipación de la espiritualidad sacerdotal entre los presbíteros.  
Virtudes y comportamientos que han de madurar en el seminario.  
Mons. Diego Coletti.

Teología  
La comunidad sacerdotal.  
Pbro Máximo Arias Reyero

Documentos  
Congregación para el clero Symposium Internacional, con ocasión del XXX aniversario de la promulgación del decreto conciliar Presbyterorum Ordinis. Mensaje Final.

Recensiones

Noticias

## EDITORIAL

---

*Dios siempre llama a sus sacerdotes desde determinados contextos humanos y eclesiales, que inevitablemente los caracterizan y a los cuales son enviados para el servicio del evangelio de Cristo. Por eso el sínodo ha estudiado el tema de los sacerdotes en su contexto actual, situándolo en el hoy de la sociedad y de la Iglesia y abriéndolo a las perspectivas del tercer milenio...*” (PVD 5) Iluminados por esta enseñanza de exhortación Pastores Dabo vobis, desde que comenzamos nuestras publicaciones, hemos querido recoger las inquietudes y necesidades más sentidas de los sacerdotes, para ayudarlos en su camino de formación permanente. Somos conscientes de los muchos temas que aún nos falta abordar para abarcar la compleja trama de realidades que configuran nuestro *contexto actual*, tanto social como eclesial. Tenemos el firme propósito de avanzar en esa dirección.

Por otra parte, uno de los criterios que tuvimos al iniciar este servicio a los hermanos sacerdotes fue el de acercarles notas y artículos publicados en revistas extranjeras que no son de fácil acceso para la mayoría de nosotros.

Así, guiados por estos criterios, hemos preparado este nuevo número de “Pastores”, tratamos de escoger artículos que aborden la temática sacerdotal teniendo en cuenta algunas realidades que hacen al contexto social y eclesial en el que vivimos nuestro ministerio. Para ello recurrimos a varias publicaciones “Hermanas”, con las que hemos iniciado un fecundo intercambio.

De la revista “vida y espiritualidad”, de Perú, hemos tomado un artículo publicado por el padre Julio Terán Dutari, S.J. el autor, recientemente nombrado obispo Auxiliar de Quito, aborda el tema del sacerdote y la nueva evangelización a la luz de PDV y Santo Domingo. De “Sacerdotes”, publicación mexicana, hemos transcrito las reflexiones de Alberto Aranda sobre creatividad e inculturación en la liturgia. De “La Revista Católica” (de Chile) y “Seminarium” (de la congregación para la educación católica), tomamos sendos artículos que abordan el tema de la comunión fraterna de los presbíteros.

Continuando con el objetivo de difundir figuras sacerdotales ejemplares que alienten y estimulen nuestra vida, hemos publicado una Carta Pastoral de Mons. Carlos Camus, Obispo de Linares –Chile, sobre el padre Alberta Hurtado, beatificado por el Papa Juan Pablo II en Octubre de 1994. también publicamos la homilía del Papa en esa ocasión.

En la sección documentos, publicamos el “mensaje final a todos los sacerdotes del mundo” del Simposio Internacional organizado por la congregación para el clero en octubre del año pasado, con ocasión del treinta aniversario de Presbyterorum Ordinis. De este encuentro ya habíamos publicado una crónica en el número anterior de “Pastores”.

Terminamos esta editorial con dos pedidos que nos ayudan a mantener un diálogo franco y sincero con nuestros lectores. Reconocemos que uno de los aspectos menos logrados hasta ahora en nuestra revista es el relativo al diseño gráfico y a la edición. Lamentamos haber empobrecido varias notas publicadas con errores en la impresión y un diseño no siempre atractivo. Hemos recibido bastantes comentarios en este sentido, que agradecemos sinceramente. Sabemos la importancia que tienen estos aspectos en cualquier publicación y por ello procuraremos –dentro de las limitadas posibilidades de quienes llevamos adelante “Pastores”- mejorar nuestra presentación. Mientras tanto apelamos a la buena voluntad de nuestros lectores para pasar por alto estos inconvenientes que intentaremos superar cuanto antes.

Hemos señalado en anteriores oportunidades que esta revista quiere ser un servicio a la comunión y al diálogo entre los sacerdotes. De allí la importancia de recibir aportes de

quienes quieran compartir con sus hermanos reflexiones, experiencias, estudios, comentarios de libros y testimonios, que se refieran a la vida sacerdotal. Estamos seguros de la riqueza de la vida y la reflexión de tantos hermanos sacerdotes a lo largo y a lo ancho del país. Ojalá estén dispuestos a ofrecer con sencillez algo de esa riqueza para provecho de muchos.

Al llegar a sus manos este número de “Pastores”, estaremos cantando con todo el pueblo de Dios el Aleluya de la Pascua. Pedimos al resucitado, marcado con las huellas de la Cruz, que camine con nosotros para interpretarnos en las escrituras lo que se refiere a él, para reconocerlo al partir el Pan, y para enviarnos a proclamar: ¡Es verdad, ha resucitado!

## **EL SACERDOTE ANTE EL DESAFÍO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN<sup>1</sup>**

*Julio Terán Dutari, S.J<sup>2</sup>*

### **1.- VISIÓN DESDE LA CONFERENCIA DE SANTO DOMINGO**

Al aportar algunas reflexiones sobre la misión del sacerdote ante el desafío de la nueva evangelización, dentro de los estudios en torno al documento pontificio *Pastores dabo vobis*, no me guía otra motivación sino aquella misma a que el Sumo Pontífice apela es esta su exhortación postsinodal: -el deber de anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación- y de ejercer – una predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del sacerdocio ministerial, sobre su urgente necesidad para el pueblo de Dios-<sup>3</sup>. Este deber incumbe, según Juan Pablo II en ese mismo lugar, principalmente a los Pastores y, junto a ellos, “a todos los educadores en la Iglesia”. Sé que los educadores aquí aludidos somos también los del nivel universitario (ese nivel que –al menos en nuestra cultura latinoamericana seguimos llamando con afecto el de la “educación Superior”)

Esto se desprende con toda luminosidad no solo de la mención sobre la ayuda que se dice están llamados a dar en la formación sacerdotal las facultades y los institutos teológicos y pastorales<sup>4</sup>, sino sobre todo del llamado a la “escuela católica” para que presente, con su “comunidad educativa”, una “propuesta cultural capaz de iluminar la dimensión vocacional como valor propio y fundamental de la persona humana”, “sin excluir nunca la vocación al misterio sacerdotal<sup>5</sup>”. Una verdadera y englobante “propuesta cultural” es algo que concierne a las más altas finalidades educativas de la comunidad universitaria católica, tanto al interior de cada institución como en las respectivas agrupaciones de ellas...

Ahora bien, *Pastores dabo vobis*, aunque establece varias veces la relación del sacerdote con la nueva evangelización y su importancia fundamental para ésta<sup>6</sup>, no se detiene a repetir qué es nueva evangelización, sino supone la explicación ya existente en otros documentos. Por esto nosotros recurriremos aquí al documento de *Santo Domingo*, que estimamos de gran interés para toda la Iglesia, especialmente en este punto, ya que desde América Latina se ha venido desarrollando este concepto de nueva evangelización que, recibido por encargo del mismo Sumo Pontífice, recogidos de varios documentos muy

<sup>1</sup> De la vida y espiritualidad (Lima, Perú) Nro. 25, pp. 13-35.

<sup>2</sup> Sacerdote jesuita, ecuatoriano. Rector de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, precedente de la federación internacional de universidades católicas. Es también consultor de la sagrada congregación para la Educación Católica y miembro del equipo de Reflexión Teológica del CELAM. Participó como perito en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo.

<sup>3</sup> Pastores Dabo Vobis, 39 (en adelante PVD).

<sup>4</sup> Ver PDV, 79.

<sup>5</sup> Ver PDV, 41.

<sup>6</sup> La introducción de PDV pone en primer lugar la relación entre el sacerdote y la evangelización, ya que sin él no se podría vivir la obediencia al mandato de anunciar el evangelio (ver PDV, 1); en seguida, refiriéndose al “futuro de la evangelización de la humanidad”, afirma que la formación de sacerdotes, la primera y la permanente, se considera tarea de máxima importancia (ver PDV, 2). Más directamente habla de “la absoluta necesidad de que la nueva evangelización tenga en los sacerdotes sus primeros nuevos evangelizadores” (lug. cit). En el cuerpo de la exhortación no faltan varias referencias a la nueva evangelización, como aquella del nro 18, en que se recuerdan sus tres características de “novedad”, para encarecer que ésta exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral. Finalmente, la conclusión llega a decir que: la nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad” (PDV, 82)

valiosos y dilucidado a través de los materiales preparativos, ha llegado a constituir el eje del magisterio latinoamericano en la IV conferencia General del Episcopado<sup>7</sup>.

Efectivamente el documento de *Santo Domingo*, por su historia, por su estructura y por su misma intención básica, está todo él dirigido a la nueva evangelización. Esta nueva evangelización, si bien se presenta como urgente programa a toda la Iglesia en la vigilia del tercer milenio cristiano oscurecido por el secularismo y la apostasía pero iluminado por poderosos signos de esperanza, tiene sobre todo un especial significado para América Latina al conmemorarse lo quinientos años de su primera evangelización, la que desde Puebla a Santo Domingo se viene llamando “Evangelización fundante”: Este centenario nos encuentra por una parte, en situación de extrema amenaza para nuestros fundamentos, para ello que en Puebla se llama nuestro radical sustrato católico, nuestra raigambre cultural mestiza, y que ha permitido crecer y desarrollarse nuestra identidad a la vez humana y cristiana, dentro de las instituciones civiles y eclesíásticas que hasta ahora nos configuran. Hoy los componentes de esa síntesis cultural y religiosa están en grave crisis, tanto interna como externa, y esto es indicio del momento soteriológico de cruz que vivimos en América Latina. Pero por otra parte los Papas siguen mirándonos como “continente de esperanza”, seguramente no son por aspectos cuantitativos; y Juan Pablo II ha puesto todo el empeño de su pontificado en que de América Latina se irradie la mística de esta “Nueva Evangelización” que debe proclamar a Jesucristo como única esperanza de fe, <el mismo ayer, hoy y siempre>, desde el seno de María, Madre de la Iglesia y Madre Universal.

La nueva evangelización es pues, un tema latinoamericano por excelencia. El documento de *Santo Domingo* nos ayudará a entenderlo; y ahora precisamente en su relación con la temática de la misión del sacerdote, según *Pastores dabo vobis*. Este documento no podía menos de estar considerado en *Santo Domingo*. Las referencias explícitas a él, aunque pocas, no dejan de ser allí significativas<sup>8</sup>. Sin embargo hay una relación más interior y más fuerte entre los dos documentos, que percibimos con claridad cuando reconocemos una misma gracia inspiradora en el origen de ambos, la de Juan Pablo II y su ministerio de unidad para la iglesia. Nos parece, pues, que nuestra tarea ha de concretarse ahora en obtener de todo el acontecimiento eclesial de Santo Domingo, desde su texto y su contexto (pero ante todo desde el espíritu que lo hizo posible), aquellas líneas de fuerza que puedan guiar las presentes reflexiones acerca de la misión del sacerdote en la nueva evangelización, según la exhortación postsinodal.

Dos son las líneas que de este modo se nos abren: La primera nos sitúa el problema de la identidad histórica del sacerdote evangelizador, a la luz de concepción de “nueva evangelización” en Santo Domingo y por obra de ese discernimiento que tanto preocupa al sínodo y al Papa; la segunda nos interroga sobre el perfil del sacerdote hoy día, que se

---

<sup>7</sup> Así lo reconocen todos los comentaristas imparciales del documento de Santo Domingo (en adelante SD). Entre éstos no dejaremos de recordar algunos de los autores que contribuyen al número especial de la revista “Persona y Sociedad”, ILADES, Santiago de Chile, 1993, 7, n. 1, como Pierre Bigó, S.J. y Ezequiel Rivas G. En sus respectivos artículos.

<sup>8</sup> Son seis las citas de PDV en el documento de Santo Domingo (según German Doig Klinge, Guía para leer Santo Domingo, ODEC, Lima 1993, p. 37). Esta cifra presenta una considerable presencia, si se atiende a las cifras que se computan para los documentos del magisterio que allí aparecen. Entre los de Juan Pablo II (que son los más abundantemente citados) sólo hay tres que superan las diez veces; por supuesto, el discurso inaugural (en adelante DI): 40 veces; Redemptoris missio: 20 veces; y Christifideles laici: 13 veces. Las citas de PDV se encuentran todas en dos apartados del documento de Santo Domingo: 1.3.1: <Los misterios ordenados>; y 1.3.2: <Las vocaciones del ministerio presbiteral y los seminarios>.

expresa en su actuación y se plasma desde su formación. Así nos ocupamos de esto que podríamos llamar los dos grandes temas de *Pastores dabo vobis*: la identidad y la formación del sacerdote<sup>9</sup>.

## 2.- IDENTIDAD HISTÓRICA DEL SACERDOTE

Como recuerda el Papa<sup>10</sup> después del Concilio hubo bastante inquietud por la <identidad sacerdotal>, que incluso llevó a muchos sacerdotes a una <crisis de identidad>; ahora, en cambio, no se trata de volver sobre la identidad como problema, que en parte al menos se considera superado, sino más bien sobre el itinerario formativo y el estilo de vida, desde un punto de vista <más adecuado a las presentes circunstancias eclesiales y culturales><sup>11</sup>. Se plantea así el tema del perfil sacerdotal (que abordaremos en nuestra tercer parte), por cierto desde una marcada preocupación histórica ante los tiempos cambiantes. Pero ésta conlleva siempre necesarias y graves reflexiones acerca de la identidad, que a través de los cambios históricos se mantiene y desarrolla. Por eso tratamos previamente, en esta segunda parte, ese inevitable tema, que de hecho también se despliega en amplias secciones de la exhortación postsinodal; lo hacemos a la luz del documento de *Santo Domingo*.

### 2.1. Nueva evangelización; Cristo y la historia

Todas las exigencias puestas al sacerdote apelan a la naturaleza misma de la nueva evangelización. Cuando en *Santo Domingo* se intenta decir en qué consiste ésta<sup>12</sup>-y no poco trabajo costó el precisarlo- hay un evidente empeño por disipar el malentendido que motivó tanta polémica en torno al quinto centenario de la evangelización: ese concepto programático de una evangelización nueva no podía entrañar nada en contra de la primera evangelización, fundante y vigente hasta ahora, a pesar de sus deficiencias. Por otro lado parece resultar entonces que lo nuevo de la nueva evangelización proviene de la historia, esa historia que la mentalidad de nuestro tiempo tiende a considerar como absolutamente secular y autónoma. Este otro malentendido es más grave todavía que el anterior; en definitiva lo que se esperaría del nuevo evangelizador sería que se adaptase a los tiempos, que aprendiese de ellos, que se sometiese a su inexorable dominio. La identidad sacerdotal, como algunos lo han pretendido después del concilio y lo pretenderían ahora tal vez con tal interpretación, estaría determinada por los cambios históricos –valorados incluso por el magisterio eclesiástico en perspectiva no precisamente negativista. Ante todo, es necesario entender desde Cristo las exigencias históricas presentadas al sacerdote por la nueva evangelización, así como la misma novedad de esta.

Cristo es la clave para entender la evangelización, que parte de un mandato suyo a sus apóstoles y sucesores<sup>13</sup>; para entender la nueva evangelización <que tiene como punto

---

<sup>9</sup> Ver PDV 11. aunque la exhortación postsinodal (siguiendo al mismo sínodo de 1990) se preocupa ante todo de la formación del sacerdote, como su título anuncia, no puede llegar a esto sin tratar antes de la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial; y lo hace <redescubriendo toda la profundidad de la identidad sacerdotal>.

<sup>10</sup> Ver PDV 3 y 11.

<sup>11</sup> PDV 3.

<sup>12</sup> Ver SD, 23; ver también el cap. I de la segunda parte: <la nueva evangelización>, los nn. 24-30. <¿qué es la nueva evangelización?>.

<sup>13</sup> Ver SD, 23.

de partida la certeza de que en Cristo hay una “inescrutable riqueza” (Ef. 3, 8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos<sup>14</sup>. Jesucristo mismo, inagotable don infinito de Dios Padre como “buena noticia”, es la perenne novedad gratuita que se regala a la historia humana. Esta es la razón por lo cual lo nuevo de la evangelización no solo no puede consistir en un <nuevo Evangelio>, como aquí se dice<sup>15</sup> sino consiste mas bien en ese <solo y único evangelio> del Padre que es Cristo, en cuanto da <luces nuevas para los problemas nuevos>. Esta es también la razón que fundamenta aquella notable sentencia del Papa: <la referencia a Cristo es la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales>, también en sus cambios y nuevas exigencias, ya que <el sacerdocio de Cristo, expresión de su absoluta novedad en la historia de la salvación, constituye la única fuente y el paradigma insustituible del sacerdocio del cristianismo y en particular del presbítero<sup>16</sup>>.

Pero como, frente a esto persiste un difuso horizonte de pensamiento teológico, que en el fondo tiende a señalar, para la novedad de la evangelización, otro origen fuera del inmediato señorío de Cristo (aunque se lo relaciona con el Espíritu Santo)<sup>17</sup>, conviene insistir como lo hace *Santo Domingo*, acogiendo la orientación del Papa<sup>18</sup>, en la absoluta primacía de Cristo, a quien hay que volver para entender y discernir todo lo nuevo, no solo del evangelio ante la historia, sino de la historia misma en sus tiempos, ritmos y leyes. Por eso, al definir la nueva evangelización se dice en el documento de *Santo Domingo* que ella es ante todo una llamada a la conversión, a la esperanza apoyada en la certeza de la resurrección de Cristo, como fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana; es un nuevo Pentecostés, como ámbito vital para que surja un pueblo renovado de hombres libres. Solo después de asentar estos criterios de comprensión teológica, el Documento de *Santo Domingo*, ya en otro plano, añade que la nueva evangelización es un conjunto de medios, acciones y actitudes para que el evangelio entre en mutua interpelación con la modernidad y lo postmoderno; y que es también un esfuerzo por inculcar el evangelio en la situación de nuestro continente<sup>19</sup>.

Es esta misma forma se estructuran y subordinan dentro del documento los tres grandes temas propuestos a la IV Conferencia del Episcopado, es decir, nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana<sup>20</sup>: no son tres tareas, acaso

---

<sup>14</sup> SD, 24 con cita de DI.

<sup>15</sup> Ver Lug. Cit.

<sup>16</sup> PDV, 12.

<sup>17</sup> Se podrá argüir sutilmente, acaso en nombre de tendencias filosóficas muy caras a la razón moderna, que en definitiva es la novedad del presente histórico lo que determina el que se saquen del evangelio de Cristo tales o cuales respuestas a los interrogantes o desafíos del tiempo. ¿No dice esa misma razón que la pregunta y el modo de preguntar ya condicionan y aun prefiguran la respuesta? ¿No parece afirmarse en teologías actuales que la revelación de Dios en la creación y en la cultura sigue progresando todavía, movida por el espíritu Santo, pero de cierta forma extracristiana a través de las manifestaciones históricas, y por consiguiente que con esta historia no eclesial del mundo debe dialogar la iglesia como prolongadora que es de la encarnación de Cristo, a fin de aprender cosas muy importantes para la evangelización? Sobre esta problemática véase el interesante artículo de Sergio Silva G., S.S.CC., Los temas ausentes de Santo Domingo, en el número ya citado de la revista –persona y sociedad–, pp. 120-136.

<sup>18</sup> Ver SD, 24, con nuevas citas de DI.

<sup>19</sup> Ver lug. Cit.

<sup>20</sup> Esta posición fundamental, decisiva para entender Santo Domingo, esta expresada en varios lugares de SD, como la introducción a la segunda parte (Jesucristo evangelizador viviente en su Iglesia), cuyo Cap. I trata justamente de La nueva Evangelización. Ver el último párrafo de SD, 22, tras la evocación del mandato evangelizador de Cristo (Mt. 28. 19-20), según la cita del Papa en DI, 2. pero sobre todo esta posición es

igualmente importantes; el tema de la nueva evangelización como mandato histórico de Cristo, define la única tarea y engloba todo lo demás, de modo que los otros dos temas son dimensiones de la misma nueva evangelización, abiertas por la naturaleza intrínseca de ésta, no añadidas acaso o impuestas por la urgencia de los tiempos que corren, aunque ciertamente anunciadas y analizadas en la lectura y discernimiento evangélicos de los “signos de los tiempos”, aquí siempre aludidos, de los que luego nos ocuparemos.

La positividad de lo nuevo proviene, en definitiva de Cristo, Señor de la historia, que con su encarnación y su sacrificio redentor ha rescatado la libertad humana, corresponsable de la historia, y no deja de ofrecer libre y gratuitamente todos sus dones al juego intrahistórico de las personas y culturas, dentro y fuera de la Iglesia, recapitulándolos de antemano en su persona de resucitado, como viviente evangelio del Padre por el Espíritu.

## **2.2.- El sacerdocio de “Jesucristo hoy” en la historia**

Un excelso don histórico de Cristo a la humanidad es –según el magisterio de los documentos que estudiamos<sup>21</sup>- su propio sacerdocio: don que tiene su fuente en la trinidad de Dios, y don por cierto eminentemente eclesial en cuanto fundante del misterio de la iglesia. Cristo ha sido constituido y enviado por el Padre en el espíritu como el supremo y perpetuo sacerdote de la nueva y eterna alianza, que se ofrece como tal a la participación libre de los hombres en el sacerdocio común de sus fieles, ofrenda y consagración bautismal para salvación del mundo; y además se ofrece, para servicio o “ministerio” de este sacerdocio común y del mundo entero, a algunos varones escogidos y llamados por vocación particular, consagrados con una nueva unción sacramental, que participan con ligazón ontológica específica del ser sacerdotal de Cristo como sacerdotes ministeriales (Obispos y presbíteros) Éstos, en efecto actúan personificando al mismo Cristo en cuanto a Cabeza, Esposo y Pastor, como su continuación, su presencia, su imagen viva y transparente, en los tres ámbitos de la misión sacerdotal de Cristo, el de anunciar y enseñar la palabra de Dios, el de reconciliar y santificar –ante todo por el sacrificio eucarístico y los demás sacramentos- y el de gobernar con una caridad pastoral, para edificar así la comunión eclesial como signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

Así pues, en sus ministros ordenados como sacerdotes, el mismo Cristo resucitado y sentado a la diestra del Padre sigue hoy, por fuerza del Espíritu Santo, haciendo presente y operante su persona en cuanto cabeza del cuerpo de creyentes, en un modo místico pero realísimo, dentro de la iglesia y para el servicio evangelizador del mundo en su autónomo – aunque no independiente- desarrollo histórico. Este servicio se cumple a lo largo de una

---

coherente con la oposición básica de Santo Domingo aprobada por la Conferencia sin ningún voto en contra, poner como fundamento, punto de partida y telón de fondo del documento aquella profesión de fe en Jesucristo, rotunda, valiente y fervorosa, con que el Sumo Pontífice abrió su discurso Inaugural y que pidió fuera el hilo conductor de los trabajos. Al ejecutar esta opción básica (ver SD, 3-15) los redactores antepusieron la proclamación del señorío de Jesucristo en la historia, como referido precisamente a la primera evangelización de nuestro continente ( ver SD, 2) y extendido también hacia el final de la misma profesión de fe ( ver SD, 13), a la nueva evangelización con sus dos dimensiones intrínsecamente derivadas del mandato inicial: la promoción del desarrollo integral humano y la inculcación del evangelio para que nuestra cultura llegue a ser cristiana.

<sup>21</sup> Ver PDV, 12, citado en SD, 70.



promoción de las urgentes aspiraciones de la persona y de la sociedad humana, hechas a imagen del Hijo encarnado pero heridas por su propio pecado, y a lo largo del diálogo mutuamente efectivo con las culturas, creadas asimismo en Cristo y para Cristo, pero marcadas por tantos signos de muerte.

Es claro que en esta forma de entender la evangelización, lo mismo la antigua que la nueva, no puede existir, según los documentos de la Iglesia, ningún otro evangelizador fundamental sino Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, hijo de Dios e hijo de María. Los primeros evangelizadores, también de la nueva evangelización, son quienes participan –en forma verdadera y místicamente personificante- de este sacerdocio “capital” de Cristo: los ministros ordenados, quienes para recibir el don de esta “consagración ontológica”, (de que habla la teología aquí comentada<sup>22</sup>) podemos decir que vuelven en cierto modo a nacer de Dios Padre y María –la Iglesia. Así se verifica una vez más, según el lema neotestamentario (ver Hb 13, 8) dado por Juan Pablo II a la IV conferencia, ese Hoy de Jesucristo, también y precisamente en la capitalidad de su sacerdocio evangelizador, es el mismo ayer, hoy y siempre.

Si el sacerdote depende de Cristo en su ser ontológico y en su actuar eclesial, también es dependiente de él en las adaptaciones históricas de su presencia pastoral y de su preparación formativa. En realidad los poderosos cambios, de nuestros tiempos, que afectan en amplitud y profundidad la tarea evangelizadora y el perfil del sacerdote evangelizador, provienen en última instancia de esa misteriosa y providencial conducción de los destinos de hombres y pueblos que ejerce Jesucristo, como Señor de la historia y cabeza de la Iglesia<sup>23</sup>. Así su atributo de sacerdote es indisoluble del otro con que la liturgia no deja de venerarle, el de rey universal.

Por consiguiente, es necesario entender del señorío de Cristo el momento presente de la historia, con su situación cultural (muy marcado por lo que aún en estos documentos se denomina modernidad y postmodernidad) y con su problemática religiosa y eclesial (que está en obvia relación con aquella situación cultural, pero se halla configurada por datos propios irreductibles) Encontramos así una compleja situación en que todos los elementos se entrelazan hasta formar este nuevo fenómeno de nuestros días, que los analistas unánimemente reconocen ser de enorme importancia, de características inéditas, y que desde la fe reconocemos como un *Kairos* del todo providencial: incluso podría significar éste un prenuncio, el más serio hasta ahora y el más misericordioso, del reino prometido que está viniendo a nosotros. Para la Iglesia parecería ser evidente que el fin del segundo milenio cristiano en la vida de la humanidad, y del medio milenio cristiano en América, no representan solo cifras de un convencional sistema aritmético, aptas para suscitar consignas fríamente planificadoras o –por el contrario- aterradores pronósticos fatalistas, sino más bien símbolos de honda radicación religiosa –cultural que apuntan a la categoría teológica de signos de los tiempos. Siendo esto así, nuestro momento histórico, con el que se

---

<sup>22</sup> Ver PDV, 11 y todo el Cap. II (nn. 11-18).

<sup>23</sup> Ver SD, 16 con cita de Juan Pablo II; ver también la oración de la liturgia del viernes Santo por los gobernantes. Nótese que la participación ontológica del sacerdote ministerial en el carácter sacerdotal de Cristo, en cuanto a cabeza, esposo y Pastor de la Iglesia, no va unida a una participación semejante en el carácter de rey universal de la creación histórica. Una falsa concepción, en este último sentido, conduciría a graves errores acerca de la relación entre la iglesia (con su jerarquía sacerdotal) y el mundo (con su estructura secular), entre el sacerdocio jerárquico y el sacerdocio bautismal, tales errores están muy lejos de las posiciones aquí defendidas sobre el señorío de Cristo sobre esa historia que afecta por igual a bautizados y no bautizados, a laicos y a clérigos.

confronta la evangelización y el sacerdocio, debe someterse al discernimiento evangélico, como lo piden estos documentos estudiados<sup>24</sup>. De este modo relucirá con el esplendor de la fe, para este mundo nuestro angustiado y llamado a la esperanza, la actual misión histórica del sacerdote, con su nuevo perfil surgido de la identidad perenne, como esa prolongación personificación y presencia renovada del Señor Jesucristo, Cabeza, Esposo y Pastor de la Iglesia, Evangelizador de los pueblos y culturas.

### **3.- NUEVO PERFIL DEL SACERDOTE EVANGELIZADOR**

#### **3.1.- Discernimiento evangélico del *Kairos* presente**

##### **3.1.1 El análisis de los tiempos**

La exhortación postsinodal expone la situación actual<sup>25</sup> <mediante alusiones y a modo de ejemplo><sup>26</sup>, para fundamentar el discernimiento que ayudaría a formar sacerdotes < a la altura de estos tiempos>. Trata en primer lugar de los factores que atañen al ministerio sacerdotal, en sus aspectos favorables<sup>27</sup> y en los problemáticos o negativos<sup>28</sup>; cada uno de esos puntos los considera tanto en la sociedad general cuanto en el ámbito religioso y eclesial. Aquí se recoge en sus facetas de distinto signo, todo lo principal que se ha dicho respecto de la modernidad, centrada en el valor subjetivo del hombre, a causa sobre todo de su razón autónoma (vista en la perspectiva científico-tecnológica) y de su voluntad libre (cada vez más experimentada en horizonte societario y planetario) En cuanto a lo propiamente eclesial, reaparece aquí, asumida por el sínodo, la conocida problemática de los tiempos postconciliares.

Sigue entonces el análisis dedicada a la situación de la juventud<sup>29</sup>, en el que se manifiestan cómo una parte se agudizan y exacerbaban en nuestros días los signos de la modernidad y hasta se notan algunos de los rasgos llamados postmodernos; y por otra, se sienten más cercanamente las huellas de lo que en lenguaje del discernimiento ignaciano podríamos caracterizar como presencia de los dos espíritus contrarios, ahora más que nunca trabados en irreconciliables luchas: Primero, el espíritu de Cristo, que suscita una nueva disponibilidad y lucha y búsqueda de valores éticos, religiosos y espirituales, de oración, de “desierto” y de estudio de la fe. Concediendo nuevos carismas e inspirando especialmente toda clase de iniciativa grupales en movimientos comprometidos y agrupaciones juveniles de voluntariado, en comunidades eclesiales donde fuertemente participa la juventud, e inclusive con el mismo aumento de vocaciones sacerdotales en muchas partes. Pero también el espíritu del mal, ese “enemigo de natura humana”, se hace sentir con la seducción, realmente satánica y hasta con la amenaza de autodestrucción, que proviene de

---

<sup>24</sup> Ver DI, 1; PDV, 10; SD,2.2.: <los nuevos signos de los tiempos en el campo de la promoción humana> El n 10. de la exhortación postsinodal hace una presentación muy fina del discernimiento acerca de la compleja situación actual que presenta desafíos para el perfil sacerdotal, ofrece una secuencia que va del conocimiento de los datos dentro de un cuadro de conjunto (obtenido incluso por la investigación científica) a su interpretación (con especiales riesgos), lo cual exige un conocimiento cognoscitivo y un criterio de opciones según el evangelio. Así es posible percibir en los hechos históricos la apelación de un deber moral, que en definitiva es la llamada de Dios, “Vocación” con particulares implicaciones cuando se trata del sacerdote.

<sup>25</sup> Ver PDV, 6-9.

<sup>26</sup> Ver PDV, 10.

<sup>27</sup> Ver PDV, 6.

<sup>28</sup> Ver PDV, 7.

<sup>29</sup> Ver PDV, 8-9.

los ídolos de este tiempo: el tener y el placer de la sociedad de consumo y del ideal materialista de desarrollo y bienestar, el egoísmo que malogra las relaciones interpersonales y se cierra ante el don y la gratuidad, la visión tergiversada de la sexualidad hasta absolutizarla; y como raíz, muchas veces (influjo el más diabólico), la experiencia desviada de la libertad, <como si Dios no existiese>.

También a lo largo del documento de Santo Domingo se despliega una visión de la realidad histórica (que tanto afecta al sacerdote) Es un análisis pastoral que lleva al discernimiento desde la fe. Hay que afirmarlo así, por mas que se haya afirmado que en esa Conferencia General del Episcopado Latinoamericano cambió su tradicional método que partía del ver, donde se incluía un análisis socio-religioso. Este balance de los tiempos coincide bastante con las apreciaciones de la exhortación postsinodal pero va mucho más al detalle concreto de la situación en el continente y puede, por lo mismo iluminar más de cerca las exigencias que desde Cristo se plantean al sacerdote de hoy y de mañana a través de la historia, como se reconocen con la mirada de la fe. Los tres grandes temas del documento, que se desarrollan sobre todo en las dos primeras partes, contienen ese análisis histórico. Allí con frecuencia cierta explicable carga sobre los aspectos problemáticos y negativos de nuestra situación socio-cultural y eclesial. Pero la tónica del conjunto es esperanzadora.

En la sección dedicada al primero y principal tema, el de la nueva evangelización, se contiene también lo relativo a la realidad religiosa y eclesial: impacto del secularismo y ateísmo en nuestro comportamiento religioso, y en nuestra sociedad de raigambre católica tradicional, difusión de sectas y nuevos movimientos religiosos, crecimiento de las estructuras de Iglesia y renovación de la fe. Bajo <promoción humana> están los principales factores sociales y económicos, entre éstos en primer lugar los que constituyen <nuevos signos de los tiempos> (incluyendo aquí –además de los ya tratados en anteriores Conferencias, como los derechos humanos, la pobreza y el trabajo- también la ecología y la tierra, la movilidad humana, el orden democrático un nuevo orden económico, la integración Latinoamericana); y luego el tema tan actual de la familia y la vida. En fin, bajo cultura cristiana se estudian, no tanto las realidades de nuestra cultura mestiza, tan importantes para la evangelización pero ya magistralmente analizados por Puebla, sino los nuevos temas de la dimensión moral de la cultura frente a Cristo, la presencia de culturas indígenas y afroamericanas, la nueva cultura de la ciudad y la postmodernidad, concluyendo todo con la reiterada mención a los problemas educativos y de la comunidad social,

### **3.1.2. El análisis de la Nueva Evangelización**

Según lo dicho, el discernimiento se extiende no solo a los retos que presenta el tiempo (y que están pasando ya a través del señorío de Cristo) sino también y precisamente a las exigencias de esa nueva evangelización que directamente proviene del mandato renovador del Señor Jesucristo. En el Documento de Santo Domingo encontramos los elementos para interrogarnos sobre este otro aspecto, cuando se dicen las características de la nueva evangelización<sup>30</sup>. Ante todo el sujeto que es toda la comunidad eclesial: obispos en comunión con el Papa. Presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, todos los hombres y mujeres del pueblo de Dios. ¿Qué puesto exacto le toca vivir en esta enumeración (ya jerarquizada) al presbítero, y que relación hay con la acción de los otros agentes? Así

---

<sup>30</sup> Ver SD, 25-30.

también entre los destinatarios, que no se enumeran (pues se entienden que son todos los sectores sociales, entre los que recuerdan algunos de especial importancia actual) han de entenderse que están los mismos sujetos (y en primera línea los sacerdotes), pues hay insistencia en que la Iglesia debe ser evangelizada para poder ser evangelizadora. Al determinar la finalidad<sup>31</sup> se la encuentra en la formación de hombres y comunidades tan maduros en la fe, que puedan responder a la nueva situación histórica (se menciona la modernidad; imposible dejar de ver aquí una pista que resalta la información del nuevo tipo de sacerdote. Sobre todo el contenido<sup>32</sup> nos da la pista principal, cuando proclama que éste no es otro sino Jesucristo, evangelio del Padre. Retomando la hondura de adoración que había resonado en la profesión de fe inicial de que <Él rompe el horizonte estrecho en el que el secularismo encierra al hombre><sup>33</sup>; ¡Cuánta exigencia no trae esta confesión al sacerdote que se sabe identificado con cristo, evangelizador y evangelio al mismo tiempo! Por último las modalidades de novedad que Juan Pablo II ha señalado en la nueva evangelización contienen requerimientos específicos para el sacerdote: antes que nada la santidad, destacada por el nuevo ardor<sup>34</sup>, pero también por aquella conversión Pastoral de la Iglesia... coherente con el concilio, que se entraña en la nueva expresión<sup>35</sup>. Las modalidades, en particular las de los nuevos métodos<sup>36</sup>, tienen que ver mucho con la formación sacerdotal actualizada.

### **3.2.- Algunos retos para la formación sacerdotal**

#### **3.2.1.- Vocación a la Santidad**

Lo que ante todo, llama la atención, al comparar los dos recientes documentos eclesiales que estamos estudiando, es la insistencia obre la santidad del sacerdote dentro de la vocación a la santidad de toda la Iglesia. No es que este enfoque sea nuevo (ya el concilio volvió a destacarlo), pero manifiesta una aguda preocupación que, en la formación sacerdotal, definitivamente debe prevalecer sobre las angustias por el número. Esto de modo particular para América Latina, donde la presencia de candidatos y de jóvenes sacerdotes vuelve a crecer, y mucho más que en otros países de vieja tradición católica, mientras las cifras también avanzan de forma decreciente, al tomar en cuenta el número de habitantes y de fieles católicos.

El documento de Santo Domingo, poniendo al frente del capítulo sobre la nueva evangelización un largo apartado sobre <la iglesia convocada a la santidad>, recuerda con palabras del Papa en Uruguay, que esta santidad es la clave del ardor renovado de la nueva evangelización<sup>37</sup>; se ocupa en este apartado de acciones evangelizadoras y santificadoras, tan importantes como el *Kerygma* y la catequesis, la celebración litúrgica, la religiosidad popular y la contemplación que están referidas de modo inmediato a una actuación del sacerdote para la que éste debe formarse de manera adecuada y permanente.

Este redimensionar así la santidad del sacerdote en la nueva evangelización, según el documento de santo Domingo, nace sin duda de la misma actitud Pastoral que llevó en

---

<sup>31</sup> Ver SD, 26.

<sup>32</sup> Ver SD, 27.

<sup>33</sup> Lug. Cit.

<sup>34</sup> Ver SD, 28.

<sup>35</sup> Ver SD, 30.

<sup>36</sup> Ver SD, 29

<sup>37</sup> SD, 32.

forma unánime a la opción fundamental de esa profesión de fe en Jesucristo, que hemos tenido ya ocasión de ponderar. No se trataba de salvar fórmulas ortodoxas. Había más bien la preocupación por pasar del plano intelectual de la teología al plano práctico y valiente de la confesión, en la conciencia de lo que nos está faltando en la Iglesia y lo que será única base de toda nueva evangelización, es una fe más vital y jubilosa, esa fe que se despliega como santidad en todas las dimensiones. Por eso, al tratar del ministerio sacerdotal, del documento de Santo Domingo recalca la exigencia de una profunda vida espiritual<sup>38</sup>, remitiéndose al sínodo de 1990 y a la exhortación postsinodal.

Ésta dedica su capítulo III a la vida espiritual del sacerdote y lo inicia con lo específico de su vocación a la santidad, cuidando de poner ésta dentro del cuadro entero de la Iglesia, santa por vocación<sup>39</sup>; ubica lo propio de la santidad del sacerdote en la configuración con Cristo por la caridad pastoral<sup>40</sup>, que se actúa en el ejercicio del ministerio<sup>41</sup> y tiene su forma existencial de vivir el radicalismo de los consejos evangélicos<sup>42</sup>.

En esta perspectiva cobra toda su importancia lo que luego se dice allí mismo sobre la vocación sacerdotal y su cultivo<sup>43</sup>: esta debe entenderse sobre todo como vocación a la santidad de una particularísima identificación con Cristo, abrazando en sus propiedades de Esposo y Pastor de la Iglesia ( lo cual determina toda una actitud nueva, por ejemplo hacia el celibato y la entrega hacia los otros fieles y en especial a los pobres), más bien que como un enrolamiento en las filas clericales con sus respectivos requisitos obligatorios, sobre cuyo sentido o conveniencia pudiera discutirse todavía. De modo prioritario y urgente, se nos dice<sup>44</sup>, hay que rehacer desde la fe, y proclamar en la evangelización esa mentalidad cristiana acerca del verdadero rostro de Dios que llama y del hombre que responde: la vocación no puede quedar subsumida bajo la categoría utilitarista de “mercado ocupacional” o subjetivista de “proyecto propio”; ni tampoco la fe puede perder su carácter dialógico esencial de encuentro en gozosa obediencia con el Padre, que nos descubre lo mejor de nosotros mismos. No son distintas las preocupaciones retomadas por Santo Domingo cuando presenta <las vocaciones al ministerio presbiterial y los seminarios>.<sup>45</sup>

### **3.2.2.- La dimensión comunitaria**

El Sínodo y el Papa sitúan el cultivo de la vocación e identidad del sacerdote, así como la formación de este, dentro de una eclesiología de comunión, que por Cristo hunde sus raíces en la comunidad trinitaria de Dios mismo<sup>46</sup>. De interés muy actual es la puesta en

---

<sup>38</sup> Ver SD, 70-71.

<sup>39</sup> Ver PD, 19-20.

<sup>40</sup> Ver PDV, 21-23.

<sup>41</sup> Ver PDV, 24-26.

<sup>42</sup> Ver PDV, 27-30.

<sup>43</sup> Ver PDV, cap. IV (nn. 34-41).

<sup>44</sup> Ver PDV, 37.

<sup>45</sup> Ver SD, 78-84.

<sup>46</sup> Ver PDV, dentro del capítulo sobre < Naturaleza y misión del sacerdocio ministerial >, el n. 12: < En la Iglesia ministerio, comunión y misión >. Obsérvese que esta comunión de la eclesiología se presenta radicalmente como trinitaria y por tanto, la referencial comunitaria “Prioritaria del sacerdote es la que lo une a Dios por el mismo Cristo, antes que a la Iglesia (considerada en los hombres que la componen: < comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al pueblo de Dios >), aunque esta última referencia a la iglesia así entendida no deje de proclamarse necesaria y esencial. En el n.41 se insiste en que la Pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista a la comunidad eclesial como tal. Y en el tit. III del

guardia contra una concepción <individualista e intimista> de la vocación, como si esta llegara por vía directa, sin mediación comunitaria alguna<sup>47</sup>. Para ayudar e el sentido correcto, aquí como en los principales problemas vocacionales y formativos es, por tanto, indispensable la dirección espiritual, que se recomienda repetidas veces en los documentos estudiados<sup>48</sup>; ésta, siendo un proceso individual, tiene sin embargo una importante función de encaminamiento y aglutinamiento comunitario. Es la comunidad del seminario, como comunidad humana, jerárquica y educativa, la que sigue llamada a desarrollar en primer lugar esta dimensión infaltable y hoy más necesaria de la formación sacerdotal<sup>49</sup>.

Pero hay que confesar que la relación a los demás dentro del seminario o la casa de formación y desde allí hacia fuera no basta; la exhortación, además de insistir en el papel de la familia<sup>50</sup> habla de otros factores importantísimos hoy, como las comunidades de origen, asociaciones y movimientos juveniles<sup>51</sup>, la pertenencia y dedicación a la iglesia particular, vivida como valor espiritual, así también la vinculación a varias tradiciones de vida espiritual en asociaciones eclesiales y movimientos antiguos y nuevos<sup>52</sup>, la apertura misionera universal y a los más lejanos del propio ambiente<sup>53</sup>, estos nuevos acentos, que ya se están poniendo en la formación sacerdotal, parecen decisivos para responder hoy a Cristo, evitando riesgos y dificultades que afligen a la iglesia.

Por lo que toca a América Latina, no culta el documento de Santo Domingo que, en contra la dimensión comunitaria del ministerio sacerdotal, hay tensiones entre los sacerdotes y otros sectores del Pueblo de Dios. Sacando también las conclusiones para la formación inicial y la permanente de los Pastores, se encara el <desafío de la unidad><sup>54</sup>, ante la existencia de <divisiones y conflictos><sup>55</sup> de los pastores entre sí mismos y con las personas u comunidades a ellas encomendadas<sup>56</sup>. Si por un lado se afirma que los Laicos han de ser <protagonistas de la nueva evangelización><sup>57</sup>, se reconoce también que hay una mentalidad clerical<sup>58</sup>. Con los religiosos, que han tenido y sitúen teniendo en nuestro continente un peso muy grande en el ministerio sacerdotal de la Iglesia, estos textos, aún subrayando su presencia de vanguardia en primarios sectores de la evangelización<sup>59</sup>, dejan traslucir que han existido tensiones y conflictos contrarios a la verdadera comunión eclesial<sup>60</sup>; algo de esto mismo se advierte también respecto de los nuevos movimientos y asociaciones<sup>61</sup>, precisamente como es conocido, a causa de las modalidades en que se erigen y se llevan sus propios seminarios sacerdotales.

---

Cap. V. Sobre los protagonistas de la formación sacerdotal, se repite que es la Iglesia como tal el sujeto comunitario de tal formación.

<sup>47</sup> PDV, 37.

<sup>48</sup> Ver PDV, 40, 66, etc.; SD, 80, etc.

<sup>49</sup> Ver PDV, 43, 60, etc.

<sup>50</sup> Ver PDV, 68.

<sup>51</sup> Ver PDV, 68.

<sup>52</sup> Ver PDV, 31.

<sup>53</sup> Ver PDV, 32.

<sup>54</sup> SD, 68.

<sup>55</sup> Lug. Cit.

<sup>56</sup> Ver SD, 56, 62, 208, etc.

<sup>57</sup> Ver SD, 103.

<sup>58</sup> Ver SD, 93, 97.

<sup>59</sup> Ver SD, 85, 91.

<sup>60</sup> Ver SD, 92.

<sup>61</sup> Ver SD, 102.

De todo esto resulta una urgente llamada a que se instaure un estilo verdaderamente comunitario en la formación, que no solo sirva al cultivo de la espiritualidad que hoy requiere el sacerdote (y aquí entra de lleno el tema del celibato), sino también colabore a su esmerada formación humana y lo introduzca al servicio que por vocación debe prestar a la iglesia y al mundo<sup>62</sup>.

### 3.2.3 La cultura y los estudios

<La forma intelectual de los candidatos al sacerdocio... manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización><sup>63</sup>. Esta declaración programática de Juan Pablo II coincide con la línea fundamental del documento de Santo Domingo, muy consciente de que la nueva evangelización tiene que ser en la línea de la *Evangelii nuntiandi* ya asumida por Puebla, una <evangelización de la cultura><sup>64</sup>, aunque a decir verdad, en las consecuencias concretas para la formación en los seminarios podría haberse esperado de este documento una insistencia más explícita<sup>65</sup>. Esta observación quizás puede ligarse a la otra; que el documento Latinoamericano, al tratar de la cultura (bajo el título de cultura cristiana), más que de los presupuestos básicos del tema, que guardan toda su actualidad y urgencia en nuestro continente, se ha preocupado de los desafíos presentados por dos grandes fenómenos culturales, que ya anuncio Puebla, pero ahora parecen llegar a captar la conciencia eclesial, acaso desdibujando un tanto el resto del panorama: la irrupción de la civilización moderna y posmoderna, sobre todo en sus formas urbanas y la nueva vigencia de culturas indígenas y afroamericanas.

Tampoco hay que olvidar, en este contexto, el influjo que, sobre la formación sacerdotal, ha tenido y sigue teniendo la importantísima y urgente <opción preferencial por los pobres>, reafirmada solemnemente por este documento de Santo Domingo<sup>66</sup>, también en lo relativo a aspectos intelectuales y culturales, reflejados ante todo en la vida de estudios: así como se ha dado, en general debe decirse que para notable mejoramiento, una reorientación de toda la actividad formativa frente a este enorme reto, debe anotarse también que en muchas partes han sufrido los estudios con esta ocasión. Son precisamente estos estudios los que deberían capacitar al sacerdote para las correspondientes tareas de evangelización, que no son obra solo de la generosidad sacrificada, sino de la sabia comprensión de las situaciones, con sus causas y remedios, así como también de las propuestas de la doctrina social de la Iglesia (ampliamente recomendada por nuestros dos documentos)

Se hace, pues, necesario tomar muy en serio las exhortaciones de Pastores Dabo vobis acerca de la formación intelectual<sup>67</sup>, tanto en el punto últimamente indicado (con una actitud muy positiva frente a las ciencias sociales y humanas, que se integren en la recta visión teológica del fenómeno –y misterio– de la pobreza frente a todo el universo de

---

<sup>62</sup> Ver PDV, 16-18. en este último n.18: la nueva evangelización exige sacerdotes con un nuevo estilo de vida pastoral, no clerical, en comunión y colaboración con los diversos estamentos y carismas. Ver también PDV, 81, que recomienda las varias formas de vida común entre sacerdotes. Sobre la dimensión comunitaria en la formación humana, Ver PDV, 43, con atención también al celibato, sobre éste último en la misma dimensión, Ver PDV, 29 y 49. sobre la relación al servicio de la iglesia y del mundo es elocuente la propia cita del Papa: <El ministerio ordenado tiene una radical “forma comunitaria” y puede ser ejercido solo como una tarea colectiva> (PDV, 17)

<sup>63</sup> PDV, 51.

<sup>64</sup> Ver SD, 228-230.

<sup>65</sup> Ver SD, 83-84.

<sup>66</sup> Ver SD, 178-180, 296, 302, etc.

<sup>67</sup> Ver PDV, 51-56.

comprensión hoy requerido), como en los demás puntos allí señalados. En particular desde la perspectiva Latinoamericana permítaseme recordar, para concluir algunos pocos más: Se necesita una presencia completa y mejor integrada de los diversos elementos mencionados por el Papa para la formación intelectual, que podrían organizarse en torno a cuatro núcleos, bajo una clara y estructurante primacía del misterio de Cristo: la teología, la filosofía, las ciencias positivas (sobre todo las humanas) y el conocimiento del lenguaje y la comunicación de sus diversas formas actuales. Allí donde se siguen la valiosa posibilidad, abierta por la renovación conciliar, de un currículo integrado de filosofía y teología, inaccesible en su forma completa a tantos valiosos candidatos, y sin atentar tampoco contra la especificidad y autonomía propia de las dos disciplinas pretende abrir una comprensión más sintética y más cercana a ese mundo al que el sacerdote está enviado, justamente el mundo de la nueva evangelización. No quiere decir esto que la revisión, en clave Pastoral integradora, de la formación intelectual del sacerdote esté reservada solo a los seminarios, también las facultades y universidades, expresamente aludidas en estos documentos, tiene aquí una tarea primordial, pues además de ofrecer a candidatos selectos, para la formación de futuros pastores, todas las posibilidades y ventajas que ofrecen los estudios del seminario, están comprometidas a llevar adelante el diálogo de la fe con la ciencia, y de la Iglesia con la cultura, a través de una teología de veras creyente y orante, dentro del pensamiento y el lenguaje de una filosofía auténtica, tan dialogante y sincera que merezca llamarse la filosofía cristiana de una “Cultura Cristiana”<sup>68</sup>.

Pero –gracias sean dadas al Señor- en este último aspecto, como en los demás de la entera formación primera y permanente del sacerdote, y en la nueva conciencia de la identidad y misión sacerdotales, sentimos ya aquella inmensa y <extraordinaria efusión del Espíritu de Pentecostés><sup>69</sup>, que es el misterioso ímpetu de esperanza transformadora, propio de la nueva evangelización<sup>70</sup>.

---

<sup>68</sup> En este sentido son de inestimable importancia para la formación intelectual del sacerdote las respectivas orientaciones y normas de las constituciones apostólicas. *Sapientia cristiana* y *Ex corde Ecclesiae*.

<sup>69</sup> PDV, 82.

<sup>70</sup> Ver SD, 24, según DI, 30-31.



## LA INCULTURACIÓN, LA CREATIVIDAD<sup>1</sup>

---

*Alberto Aranda*

El documento del Concilio Vaticano II sobre la liturgia, al definirla, nos dice que es: <El ejercicio del sacerdocio de Cristo> (n. 7) El abad Marsili, formados de varias generaciones de liturgistas, decía que si en su momento estuviera, pondría: <La liturgia es el modo como Cristo ejerce hoy su sacerdocio>.

Este hoy implica no solo lo cronológico, hoy en comparación de ayer, sino todo lo que es hoy: cultura, expresividad, lenguaje, signos, símbolos, modo especial de ser, etc.

La misma constitución conciliar al hacer la reforma de la liturgia se muestra preocupada por la necesidad de, si cambiar lo esencial y según una sana tradición, <abrir, sin embargo, el camino a un progreso legítimo> (n. 23), y nota las líneas de una adaptación mayor a las distintas mentalidades, tradicionales y cultura de los pueblos; y en los nn. 37-40 marca los grados, criterios y actores de estas adaptaciones.

Esto sigue una preocupación eclesial en América Latina. Lo que el documento de Medellín presentaba como una necesidad; <adaptarse y encarnarse en el genio de las diversas culturas> (9-7b), Puebla lo amplía: <Se siente la necesidad de adaptar la liturgia a las diversas culturas y a la situación de nuestro pueblo joven, pobre, sencillo> (899); <celebrar la fe en la liturgia con expresiones culturales según una sana creatividad; promover adaptaciones adecuadas, de manera particular a los grupos étnicos y al pueblo sencillo (grupos populares), pero con el cuidado de que la liturgia no sea instrumentalizada para fines ajenos a su naturaleza, se guarden fielmente las normas de la Santa Sede y se eviten arbitrariedades en las celebraciones litúrgicas> (940) Santo Domingo sigue la misma línea: <hemos de promover una liturgia que, en total fidelidad al espíritu que el concilio Vaticano II quiso recuperar en toda su pureza, busque dentro de más normas dadas por la Iglesia, la adopción de las formas, signos y acciones propias de las culturas de América Latina y el Caribe> (53) <Promover una inculturación de la liturgia, acogiendo con aprecio sus símbolos, ritos y expresiones religiosas compatibles con el claro sentido de la fe, manteniendo el valor de los símbolos universales y en armonía con la disciplina general de la Iglesia> (248; y en otros lugares del documento).

Últimamente (25-I-94), la Congregación para el cultivo divino publicó la IV Instrucción para aplicar debidamente la Constitución Sacrosanctum Concilium, en concreto, los números 37-40 sobre la inculturación.

Tal vez, al leerla, nosotros encontremos que los actores, los cauces, los procedimientos, las etapas, los peritos imprescindibles, etc., nos quedan un tanto lejanos. Nos podríamos preguntar: ¿y yo, qué puedo hacer? ¿esperar pacientemente esos cambios? ¿yo por mi cuenta puedo, debo, ir haciendo esos cambios? ¿debo ir haciendo aculturación?

Habría que aclarar dos cosas.

Primero que, aún cuando se nos dieran ritos modificados, hay que tener en cuenta siempre como algo indispensable la creatividad interpretativa de la comunidad, y ante todo, del presidente de la celebración y, segundo, que hay dos modos extremos de actuación: un fixismo ritualista inmovible y otro, el que busca novedades a toda costa, con cambios constantes en los que se manifiesta no tanto real un sentido pastoral sino un personalismo exhibicionista.

---

<sup>1</sup> De sacerdotes, México 1995 (3er Cuatrimestre), pp. 25-31.

Hablemos, pues, un poco de la creatividad en la liturgia. ¿Es posible? ¿Es deseable? ¿Cuáles son sus campos y sus condiciones?

### **Creatividad – Creación**

Creatividad. Dejemos desde luego de lado el concepto estricto filosófico de creación, que es propio de Dios.

Ahora bien, en el plano humano, sobre todo en el campo del arte, hablamos con justa razón de creación.

Un artista: músico, dramaturgo, poeta, crea realmente. El artista creador no es totalmente independiente, es producto de una tradición, de unas influencias, pero realiza algo con su sello nuevo; da, por decirlo así, un paso decisivo adelante. Las primeras obras de Beethoven reflejan Haydn, a Mozart, pero llega un momento en que se manifiesta algo nuevo, es una nueva creación que es producto de estudio, de preparación, de trabajo y... de genio.

Junto a esta creación <creativa> está también otra creación, la <interpretativa>. La misma obra dramática, supongamos <El enfermo imaginario>, de Moliere, sin cambiar una sola palabra, puede ser interpretada por uno u otro actor, y éste puede realizar o no, con su interpretación, una real creación. La misma VI sinfonía de Beethoven, sin cambiar una sola nota, puede ser interpretada por distintos músicos, haciendo de su ejecución una real creación.

La liturgia, lo veremos inmediatamente después, requiere siempre de esta creatividad <interpretativa>, y además, hay amplios campos para la creación Creativa.

### **Campos de Creatividad**

La liturgia tiene, como en círculos concéntricos, campos de importancia: uno central, que sería la fórmula misma sacramental, y allí se nos pide que no cambiemos nada, que no se mutile nada, ni se introduzca nada, ni se interrumpa con actos devocionales. Al decir esto, en la Eucaristía nos referimos a toda la Oración Eucarística.

En un círculo más amplio está todo aquello que tiene sentido de monición o introducción y que es señalado con la fórmula <con éstas o parecidas palabras>.

Hay otro círculo aún más amplio, en que solo se nos da un cauce y una finalidad y se da libertad creativa. Por ejemplo en el rito bautismal para niños, se dice: <El celebrante saluda a todos los presentes, de manera especial a los papás y a los padrinos, y les recuerda con breves palabras el gozo con que los papás recibieron al niño como Don de Dios...> (n. 36). Y para el rito de la reconciliación: <cuando el penitente llega a confesar sus pecados, el sacerdote los recibe amablemente y lo saluda con palabras afables> (41). En la Eucaristía, para la homilía, se señalan los cauces: la Santa escritura especialmente la proclamada ese día, el marco litúrgico: Eucaristía, tiempo litúrgico, fiesta y la realidad de la vida del Pueblo a quien va dirigida (Ordenación de las lecturas de la Misa, n. 24; Puebla, 930).

Esto significa que tenemos amplísimo campo de creatividad.

Aún en la estructura general que es inmutable, y en el centro celebrativo, en el que no hay que cambiar nada, tenemos un tipo de creatividad que podríamos llamar: <creatividad Leggo> o si se prefiere <Meccano> (se trata de dos juegos de construcción; con sus piezas se pueden hacer diferentes objetos), es decir, hay en los rituales muchas <piezas de recambio> con las que se puede <armar> una celebración más apta para tal grupo o para tal

ocasión. Ejemplificando: solo en la oración eucarística, además de casi 100 prefacios, de los cuales hay 9 para domingos ordinarios y 9 para > entre semana>, tenemos 4 Oraciones eucarísticas, más la quinta en cuatro versiones, las de los niños y las de la reconciliación, en total 13. Hay una buena cantidad de saludos, muchos ejemplos de la fórmula 3ª penitencial, lecturas, etc. Etc.

En el campo intermedio además, el número 22 de la Ordenación General del Misal Romano dice a propósito de las moniciones introductorias y conclusivas: <La naturaleza misma de estas moniciones y fórmulas no requiere que se reciten exactamente en la forma redactada en el Misal. Convendrá, pues, por lo menos en algunos casos, adaptarlas a las condiciones reales de la comunidad>.

Y en el directorio de Misas para niños se nos dice de las oraciones presidenciales (colecta, ofrendas, comunión), que, en caso de necesidad, se puede adaptar a las necesidades de ese grupo (n. 51)

Además, cada ritual tiene una sección sobre <Adaptaciones que competen a los ministros>.

### **Condiciones para la creatividad**

¿Qué hay que tener básicamente muy en cuenta, para esos diversos tipos de creatividad?

La finalidad: <el sacerdote por consiguiente, al preparar la misa, mirará más al bien espiritual común de la asamblea que a sus personales preferenciales> (IGMR 313)

La utilidad: <la eficacia pastoral aumentará sin duda si se saben elegir, dentro de lo que cabe, los textos apropiados, lecturas, oraciones que mejor respondan a las necesidades y a la preparación espiritual y modo de ser de quienes participan en el culto> (IGMR 313)

La expresión clara de la comunión con la Iglesia universal: El Papa Juan Pablo II, en su carta *Dominicae Cena*, dice: <El sacerdote, como ministro, como celebrante, como quien preside la asamblea eucarística de los fieles, debe poseer un particular sentido del bien común de la Iglesia, que el mismo representa mediante su ministerio, pero al que debe también subordinarse, según una recta disciplina de la fe. Él no puede considerarse como propietario, que libremente dispone del texto litúrgico y del sagrado rito como un bien propio, de manera que pueda darle un sentido personal y arbitrario. Esto puede, a veces, parecer de mayor efecto; puede también corresponder mayormente a una piedad subjetiva; sin embargo, objetivamente, es siempre una traición a aquella unión que de modo especial debe encontrarse la propia expresión en el Sacramento de la unidad> (66)

La preparación preferentemente comunitaria. <Tenga además presente que una celebración de este tipo estará bien hecha de común acuerdo con los que offician con él y con los demás que habrán de tomar parte en la celebración, sin excluir a los fieles en la parte que a ellos más directamente corresponde> (IGMR 313)

Esta preparación tiene que ser espiritual y material.

Nos debemos preparar con la conveniente oración, meditación y el silencio. De otra manera estaremos desconectados con lo esencial que hacemos y de una u otra forma esto redundará en la calidad de la celebración.

Preparación mediata. ¿Conocemos las reglas básicas de comunicación oral y visual? ¿Miramos al pueblo cuando hay que mirarlo? ¿Hacemos dos cosas incompatibles al mismo tiempo, por ejemplo, iniciamos el diálogo previo al prefacio y todavía estamos hojeando el misal para encontrarlo?

¿Conocemos la estructura general del rito? ¿Sus partes y las jerarquías de ellas?

La celebración claramente tiene que aparecer con un perfil con altos y bajos, con momentos de tensión y distensión, y no meramente una yuxtaposición monótona de elementos de igual valor.

De cada rito, ¿conocemos su origen, su historia, sus finalidades, su espíritu? De otra manera no seremos fieles a lo que se pretende. Arbitrariamente añadiremos o quitaremos elementos que desfiguran.

¿Conocemos bien a nuestro pueblo, su cultura, sus expresiones, su lenguaje, sus necesidades, su situación actual? De otra manera la liturgia que aparecerá abstracta, distante, desencarnada.

¿Conocemos nuestras herramientas, las múltiples posibilidades de fórmulas, eucologías, ritos, lecturas, salmos? De otra manera nos encasillamos en lo más fácil, lo más rápido.

Preparación inmediata: ¿Nos damos el tiempo suficiente para ver de qué celebración se trata: fiesta, tiempo litúrgico, sacramentos, circunstancia especial de la vida de la comunidad? El calendario litúrgico es indispensable, el simple abrir el <misal mensual> no dará buen resultado.

Recordemos finalmente, lo que dice el Sacrosanctum Concilium básicamente sobre la participación activa del Pueblo de Dios <No se puede esperar que esto ocurra si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la liturgia y llegan a ser maestros de la misma> (n. 14)

## TESTIMONIO

---

En la misa del funeral del querido padre Alberto Hurtado, su amigo, don Manuel Larraín, obispo de Talca, dijo una frase profética, difícil de olvidar: <su vida fue una gran visita de Dios a nuestra Patria>. Los que tuvimos el privilegio de conocerlo tenemos la obligación de dar testimonio de su vida y de su mensaje, porque sigue siendo tremendamente actual. Para que los jóvenes de hoy puedan acercarse a él y recibir su influencia hemos escrito estas líneas. Pedimos al querido Padre que nos perdone si no hemos sido totalmente fieles y que bendiga desde el Cielo nuestra buena intención.

### EL PADRE ALBERTO HURTADO Y NOSOTROS<sup>1</sup>

*Carlos Camus<sup>2</sup>*

#### **Primero fue Laico**

Nuestra vida siempre está marcada por un designio de amor de Dios y por eso cada detalle de nuestra historia tiene importancia. Como decía León Bloy: <Todo lo que sucede es adorable>.

El padre Hurtado nació en Viña del mar a comienzos de siglo. Su padre era dueño de un fundo en Casablanca que todavía es conocido como Los Perales de Tapihue.

Tal como sucedió con teresita de los Andes, su familia se vio repentinamente empobrecida por la trágica muerte de su padre. El futuro <patroncito> conoció así la pobreza y la caridad de un tío que lo acogió con su madre.

Pudo estudiar en un buen colegio de Santiago: el San Ignacio y después Leyes en la Universidad Católica, pero debió trabajar duro para costearse sus estudios. Mientras sus compañeros disfrutaban de una vida fácil, él conoció en carne propia los esfuerzos de los estudiantes pobres para salir adelante. Su vocación social empezó desde temprano. Educado por el Padre Vives, un gran formador de juventudes, empezó a hacer clases en una escuela nocturna, donde conoció mejor aún los valores de los trabajadores chilenos.

Trabajó en El Diario Ilustrado y volcó sus inquietudes políticas en el Partido Conservador, buscando llevar sus ideas sociales al seno del partido que había defendido a la Iglesia en las luchas político-religiosas del siglo pasado. Vivió entonces generosamente su juventud sin dejarse engañar por vanidades, pero escuchó que Cristo le pedía más y allí empezó su vocación sacerdotal.

#### **El Joven Jesuita**

La educación en el San Ignacio le hizo conocer a los Padres Jesuitas y se entusiasmó con la viril energía de San Ignacio, el Soldado de Cristo, y el afán misionero de San Francisco Javier. Quiso imitar en Chile a estos grandes apóstoles que transformaron la Iglesia en el Siglo XVI.

Estudió en Chillán, luego en Argentina, en España y en los Estados Unidos. Se interesó mucho en la pedagogía, siguiendo las órdenes de sus superiores, porque la principal labor de los Jesuitas en Chile era entonces la educación. Hizo su memoria sobre el

---

<sup>1</sup> De Ecclesia nn. 1994-4, pp. 581-597.

<sup>2</sup> Pastoral de Monseñor Carlos Camus, Obispo de Linares, Chile.

método de Dewey, el educador norteamericano que revolucionó la enseñanza con sus adelantos sobre la coeducación, tema tabú todavía en Chile.

El padre se había doctorado en Lovaina, Bélgica, y allí amplió su horizonte y comprendió que la educación de los jóvenes era muy negativa y había el tabú del sexo, tema que no se podía tocar dejando a los adolescentes en la ignorancia más peligrosa cuando debían enfrentar la vida.

### **Formador de juventudes**

Una de las etapas más hermosas y menos conocidas del padre Hurtado fue su época de profesor de Religión y Director espiritual de niños y jóvenes. Allí volcó toda su sabiduría y su gran corazón de Pastor.

Los chiquillos pronto se dieron cuenta de que era un profesor diferente. Los quería y los escuchaba; se preocupaba por ellos y estaba siempre disponible para atender a sus confidencias. Su confesionario se llenaba todos los días. Tenía una intuición especial para llegar al alma de los jóvenes. Una vez le discutió mucho uno que tenía dificultades para creer. El padre, con santa paciencia la explicaba la apologética, pero no le entraban balas. Cuando terminó la clase el padre lo llamó aparte, pero el chiquillo seguía con sus dificultades: que la Inquisición, que los tesoros del vaticano, etc. El Padre lo miró a los ojos y le preguntó: <Dime la verdad ¿es rubia o morena?>... El chiquillo se vio pillado y llorando le contó sus problemas.

Cuando hablaba de Cristo lo hacía con pasión, como de un amigo muy querido con quien escondía una profunda conversación interior. Las chacotas inevitables en las clases que no tenía nota reconocida, cedieron lugar al respeto y al interés por una enseñanza que no era teórica, sino que envolvía una inmensidad vital. ¡Valía la pena conocer a Cristo tal como lo presentaba el padre!

Yo no lo conocía todavía, pero mi padre me compraba todos sus libros: Juventud y pobreza, la vida afectiva en la adolescencia, Elección de carrera, etc. Era un lenguaje distinto: juvenil, franco, sincero, varonil, que presentaba al cristianismo como un desafío digno de entusiasmar a los jóvenes.

También contribuyó a crear la Editorial Difusión Chilena y a hacer traducir libros como La luz de la montaña, Un corto camino de santidad, frente a la rebelión de los jóvenes, etc. Que abrían caminos a una juventud deseosa de respirar aires más puros y de hacer algo por los demás.

### **Lo social**

Como sabio educador, el padre Hurtado entendió muy bien que no podía sacar a los jóvenes de sus problemas egoístas y de sus debilidades de adolescentes si no les presentaba un proyecto de cristianismo alegre y conquistador, preocupado por los demás, especialmente de los más pobres que no habían tenido los privilegios de los estudiantes de colegios católicos.

Como joven estudiante de derecho y Profesor de trabajadores había podido comparar las enormes diferencias de posibilidades que tenían los niños ricos y pobres y la tremenda injusticia social que ya se inculcaba en Chile. El antiguo paternalismo no era suficiente y los jóvenes chilenos tenían que prepararse para cambiar nuestra sociedad. Allí comenzaron sus arengas, como las llamaban sus enemigos, pero allí también comenzó el

gran arrastre de sus retiros espirituales que congregaban a centenares de jóvenes. Un nuevo tipo de apóstol había aparecido en Chile y era peligroso, como todos los que toman en serio el evangelio.

## **La Acción Católica**

En la época de las grandes ideologías de masas como el marxismo y el nazismo, que convocaban a millares de jóvenes en todo el mundo, con sus bosques de banderas y desfiles con antorcha llamando a soñar una nueva sociedad, el Espíritu Santo suscitó también en la Iglesia ese gran movimiento juvenil que fue la Acción Católica de los años cuarenta.

El Papa Pio XI decía que la había llamado <no sin divina inspiración> y la definió como algo inaudito: el apostolado de los laicos en la Iglesia. Desde los tiempos de los apóstoles parecía que no se escuchaba una invitación semejante. Y los jóvenes se entusiasmaron con participar en la evangelización de sus compañeros, la transformación de sus ambientes de vida y la conquista del mundo para Cristo.

Los jóvenes necesitaban asesores: sacerdotes que fueran capaces de compartir con ellos y hablarles este nuevo lenguaje audaz y comprometido: que fueran modelos con su vida de estos apóstoles modernos.

El padre Hurtado era uno de ellos y fue llamado por los Obispos para ser el asesor nacional de la Acción Católica de jóvenes. Era su máxima alegría y se entregó a esta labor con indomable pasión.

Los Obispos lo invitaron a predicarles en una reunión de su incipiente Conferencia Episcopal. El padre, con mucha libertad, les expuso la realidad social y religiosa de los pobres y les dejó una sola pregunta: ¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar? Eso era lo único importante.

Recorrió Chile entero con sus dirigentes hablando en las parroquias y los teatros, reuniéndose en las noches con los sacerdotes y dirigentes locales, incendiando con su amor a Cristo a cuantos le escuchaban.

Su oratoria arrasaba, pero su fe y su amor eran sus herramientas. Miles de jóvenes perdieron su timidez y su respeto humano y salieron a conquistar a sus compañeros con sus testimonios de hombría cristiana y sus coros hablando que fortalecían la fe de los pusilánimes.

Empezamos a leer y comentar el evangelio, a comprar el misal diario y a enriquecernos con el tesoro escondido de los sacramentos de la Eucaristía y el Perdón.

El padre Hurtado había despertado el alma católica y juvenil de Chile y muchos sacerdotes siguieron su ejemplo. Fue una época hermosa, que los <viejos> recordamos con gran cariño.

## **Las incomprensiones**

<Todo el que quiera vivir piadosamente en este mundo tendrá que sufrir persecución>, escribió San Pablo. El sacrificio y la cruz es la contraprueba de las grandes obras de Dios. Al padre Hurtado tampoco le faltaron incomprensiones.

Fue acusado de revolucionario, de <cura comunista>, de ser peligroso para los jóvenes, de estar dividiendo a los católicos, de pretender cambiar el orden natural de las cosas, porque Cristo había dicho que siempre tendría que haber pobres y que las injusticias sociales existían porque unos habían sido trabajadores y previsores y otros flojos y

borrachos. El que se atrevía a criticar esto era un demagogo y había que condenarlo al silencio.

Solo Dios sabe cuanto sufrió el Padre Hurtado, porque el nunca se quejó.

Obedeció siempre como Jesucristo, que aprendió a ser siempre obediente hasta la muerte de cruz. La peor cruz del padre Hurtado fue la crítica de quienes más debían de haberlo apoyado, pero él como cristiano educador no levantó a los jóvenes a una rebeldía que se veía venir. Sufrió en silencio el exilio y la calumnia.

Era valiente, por supuesto; y condenaba con gritos de profeta el lujo excesivo al lado de la miseria. Llamaba a la solidaridad de los católicos y se atrevió a escribir un libro denuncia que nos preguntaba si Chile era realmente un país católico. Fue demasiado lejos en su amor a la justicia.

### <Esta saliendo>

Recuerdo una de sus exhortaciones. Contaba que se había encontrado con una señora muy católica cuya hija acababa de egresar de un Colegio de monjas.

<¿Y la fulanita, qué es de ella?, preguntó el padre Hurtado, porque entonces las niñas todavía no iban a la universidad. <Está saliendo>, contestó la mamá. Y el padre repetía incrédulo: <¡Está saliendo! ¿Qué clase de trabajo es ese? ¿No tiene más que hacer una niña católica educada en una familia y en un colegio católico, que estar saliendo a bailes y a fiestas un año entero?

¿Acaso no hay campesinos en su fundo para enseñarles a leer y el catecismo, acaso no hay pobres a algunas cuadras de su casa que ella pueda visitar, no hay enfermos en los hospitales que nadie visita?, ¿qué clase de educación cristiana es esta?>.

Por supuesto que estas críticas no caían bien, tampoco cuando fustigaba al lujo excesivo al lado de tantas miserias. No era el político ni el demagogo el que gritaba; era el apóstol de Cristo que goleaba y remecía las conciencias de los católicos sobre sus deberes sociales.

Un periodista le preguntó al presidente del Senado que conoció al padre Hurtado: <¿Qué cree usted que nos diría el Padre Hurtado a los católicos de hoy y especialmente a los parlamentarios?>. <Nos estaría retando y tirando las orejas, contestó Don Gabriel Valdés, porque no hacemos bastante para aliviar el sufrimiento de los pobres>.

### La ASICH

El padre Hurtado fue uno de los primeros que comprendió que el paternalismo antiguo no era suficiente. Ya no quedaban patronos tan buenos cristianos y los trabajadores querían conquistar por sí mismos sus derechos. Era urgente formar dirigentes sindicales bien instruidos en la doctrina social de la Iglesia.

De regreso de otro exilio, el padre Hurtado se reúne con sus antiguos discípulos y los invita a formar una escuela sindical, la Acción sindical Chilena, ASICH. Escribe dos libros sobre las encíclicas sociales de los papas y las enseñanzas de los episcopados de distintos países en materia social. <Sin teoría revolucionaria, no hay praxis revolucionaria> había dicho Lenin. Los sindicalistas cristianos necesitaban también una sólida formación doctrinal. Muchos amigos volvieron a colaborar con el querido padre, ofreciéndose para hacer clases gratuitamente.



Cuando era seminarista y quería especializarme en la Doctrina social de la iglesia fui a consultarle y me insistió: <Si quieres ser un apóstol social tienes que leer muy bien estos libros. Si citas al Papa o a los Episcopados del mundo entero, nadie podrá atacarte>. Era su experiencia. El padre publica entonces su libro, <Sindicalismo donde resume sus enseñanzas y experiencias para sus queridos dirigentes trabajadores.>

Ya que no le dejaban trabajar con los jóvenes, sus preferidos, va a comenzar con los trabajadores curtidos en la lucha por la Justicia. No lo pueden sumergir; siempre sale a flote por alguna parte.

### **La Fuerza de las Ideas**

El padre Hurtado fue un intelectual, en el sentido que le damos corrientemente a esta palabra. Era muy inteligente y estudioso, gran lector; pero su corazón era aún más grande que su cabeza.

Escribió muchos libros, pero siempre apurado por el amor. Necesitaba apoyar sus trabajos y comprendía la fuerza de las ideas. Creo que fue en 1947 que le visitamos con Monseñor Sergio Contreras, compañero de la Acción Católica Universitaria y Don Fernando Jara, nuestro asesor.

Fuimos hasta Calera de Tango, donde el padre estaba escribiendo <Humanismo Social>. Nos habló de la importancia de darle a los educadores un manual de Ética Social ya que solo se enseñaba una moral individualista que dejaba tantos vacíos. Por eso, escribía, siempre apremiado por la acción. La consigna de San Pablo: <El amor de Cristo nos apremia> lo retrataba perfectamente.

Le dolía que los católicos chilenos no tuviéramos una revista que promoviera el esfuerzo intelectual y alimentara la acción. Los franceses hacen una pequeña experiencia y escriben diez libros sobre ella; los chilenos podemos tener centenares de experiencias pastorales, pero no somos capaces de transferirla en un folleto. ¿Será humilde o flojera intelectual?

El padre entusiasma entonces a algunos jesuitas, sacerdotes diocesanos y antiguos amigos profesionales para empezar la aventura de <Mensaje>, una revista que crecería rápidamente y estimularía la creación intelectual de centenares de chilenos. Nos abrió al diálogo con las ciencias humanas y con el pensamiento católico de muchos países. Todos recordamos el importante papel que cumplió más tarde en la defensa de los Derechos Humanos.

Los jóvenes católicos no teníamos en ese tiempo mucho aliento intelectual. Leíamos a León Bloy, Péguy, Maritain, Bernanos, entre los franceses, y empezaban las traducciones inglesas de Chesterton y los novelistas ingleses. <Mensaje> trajo a Chile la Cultura mundial.

### **Si todos los curas fueran así...**

Yo era presidente de la federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. Fui a ver al padre Hurtado para pedirle una conferencia en el Aula Magna de la Universidad. La antesala de su oficina siempre estaba llena de jóvenes, e incluso adultos, que buscaban su consejo. Esa vez estaba, entre otros, el que sería presidente de Chile, don Fernando Frei Montalva. En pocos minutos el padre abrió la puerta y se asomaba sonriente:

<¿A quién le toca, en qué puedo servirle, patroncito?>. Uno sentía la cordialidad y perdía el temor. El padre nunca se negaba para hablar con los jóvenes.

Volví a Valparaíso para preparar la reunión. El solo nombre del padre Hurtado llenaba la sala. Ya era conocido por la juventud y la conferencia no sería una <lata>. Pero a mí me interesaba también que lo escucharan también los que no eran católicos. Había muchos en las tres universidades porteñas y el intercambio de ideas era frecuente. Había inquietud, como se decía entonces.

Yo invité a un amigo comunista <Pero es cura, me dijo, ¿qué puede decirnos que interese a los universitarios?>. <Bueno si eres abierto tienes que escuchar a todos, le dije: ven y verás>. El padre estaba iluminado y poético, habló de su recuerdo de Chile cuando estaba en Bélgica donde todos los días eran nublados <como una inmensa panza de burro>. Luego su alegría al viajar a Italia y volver a ver en las tierras de San Francisco en hermano sol y el verano en el campo que le recordaba a Chile ¡Cómo le dolía Chile! Tantas cosas que se podían hacer con este lindo país si los chilenos fuéramos más hermanos; la tarea de los universitarios para construir una patria mejor, etc. Cuando salimos encontré a mi amigo, estaba emocionado <¿Qué te pareció?>, le dije. La pregunta estaba de más. Me miró agradecido y me respondió: <Si todos los curas fueran así>... tiempo después se hizo católico, pero yo nunca olvidé este testimonio tan sincero.

### **El hogar de Cristo**

Fue la última de su vida y la más conocida hoy día. Se le habían cerrado muchas puertas, pero hay una que nadie puede atajar: la del amor.

Regresó nuevamente a Chile y parecía que tenía que resignarse a ser ese confesor de señoras que acudían diariamente a la misa de 7 de la mañana y que lo buscaban por sus profundos consejos. Nada de organizaciones, nada de apostolado con los jóvenes, nada que cree problema. Le habían prohibido ir al seminario para no contagiar a los seminaristas. Tampoco enseñaba ya en la universidad Católica. Era un <leproso> para la cristiandad de la época.

Tenía las noches libres. Después de todos los trabajos del día que le eran permitidos, salió en la camioneta verde a conocer cómo era la vida de Santiago real en las poblaciones y entre los pobres.

Descubrió entonces con espanto que debajo de los puentes del Río Mapocho se juntaban a dormir los niños que pedían limosna durante el día. Se calentaban como podían en el crudo invierno, cubriendo su cuerpo con diarios que habían recogido. Inmediatamente su corazón de lleno de amor cristiano se conmovió y se puso manos a la obra.

Había que conseguir una pieza para invitarlos a dormir, colchones, sábanas y frazadas y un grupo de personas caritativas que le prepararan sopa caliente. No fue fácil ganarse la confianza de estos niños acostumbrados a ser rechazados y juzgados por una sociedad egoísta y satisfecha. Eran los que molestaban siempre, los que estorbaban.

Nuevamente habló el profeta. Su denuncia conmovió al país. Gracias a Dios ya tenían un grupo de personas piadosas que creían en él. Las señoras se despojaban felices de sus joyas para ganarse el reino de los cielos. Los hombres más calculadores, estudiaban cómo organizar una caridad eficaz. Así nació el hogar de Cristo.

Obras de caridad siempre ha habido en la Iglesia y no han faltado los Santos silenciosos que se han entregado heroicamente al servicio de los pobres. Sólo que ahora aparecían nuevas necesidades y había que aprender a llegar al pobre sin humillarlo para

ganar su confianza y, como decía San Vicente de Paúl, que los amemos tanto que podamos conseguir que nos perdonen la osadía de ayudarlos.

Dios ha bendecido su obra y hoy día se extiende por todo Chile. Las características que unen a todas las hospederías es el respeto al pobre como lo enseñó el Padre Hurtado, porque <el pobre es Cristo>. <Lo que hiciste al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hiciste>, dijo el Señor.

### **¡Contento, Señor, contento!**

Siempre existe el peligro de quedarnos en las maravillosas obras de caridad del Padre Hurtado. Nos acordamos de cuando juntaba cinco mil jóvenes en una misa en el Estadio Nacional, de sus retiros inolvidables, de sus charlas por radio y de sus libros. Por todo eso es la parte visible del Iceberg. Las cuatro quintas partes quedan sumergidas en su vida de oración y sacrificio. Todas las mañanas muy temprano, a pesar de acostarse tarde, estaba adorando al santísimo y consultando con Jesús todos sus planes. No cuidó su salud ni se dio reposo. Vivía enamorado del señor. Tienen que estar <chiflados por Cristo>, repetía a sus jóvenes, y los convencía, porque les daba ejemplo.

Su peor sufrimiento fue su impaciencia por el reino. Él quería hacerlo todo cuanto antes, no entendía las cobardías ni las vacilaciones. Su gran fortaleza ante los ataques y la envidia era su amistad invariable con su señor.

Por eso su lema que tanto repetía a los jóvenes en los retiros: ¡Contento, Señor, contento! Más que una predica a los demás era su fortaleza íntima. <La victoria que vence al mundo es nuestra fe>, escribió San Juan. Nada podrá separarme del amor de Cristo, gritó San Pablo. Eso mismo pensaba el padre Hurtado cuando se daba valor a sí mismo y la decía a Jesús: ¡contento, Señor, contento!

### **<<Agárrate de la fe>>**

Estaba ya próxima la fecha de su muerte, el 18 de agosto de 1952 sus sacerdotes más cercanos, don Carlos González y don Ignacio Ortúzar, se turnaban para ir a celebrarle misa en el Hospital y convidaban cada día a un seminarista para que tuviéramos la oportunidad de escuchar una palabra del Padre Hurtado.

Me tocó ese privilegio. Después de la misa entré a su pieza, una mueca de dolor revelaba el intenso sufrimiento de su cáncer hepático, pero se sobrepuso y su cara se iluminó. Me miró sonriendo y me dijo: <¡Qué bien chiquillo, tú estás comenzando y yo ya estoy terminando. Tú estás lleno de entusiasmo, pero acuérdate de una cosa: cuando se te acabe el entusiasmo, agárrate de la Fe!>. Nuevamente hablaba su experiencia. Como en San Pablo, moría en él el hombre viejo, pero la fe es la juventud del alma que brillaba en sus ojos llenos de amor.

### **¡Y nosotros?**

Cuando caminábamos por la Alameda en el funeral del padre Hurtado, se me acercó Vicente Sota, el antiguo compañero en la falange universitaria y actual diputado del PPD. Muy afligido me preguntó: <Y ahora, ¿qué vamos a hacer, si se nos fue el patroncito?> ahora quedan sus discípulos, le contesté, somos muchos los que tenemos que continuar su obra. <Tienes razón, me dijo, confortado. La obra del padre Hurtado no puede morir>.

El <Hogar de Cristo> ha continuado y se ha desarrollado hermosamente, pero el padre Hurtado es muchos más que el Hogar de Cristo. Cualquiera puede dar una limosna y hacerse socio, pero el amor cristiano no termina allí.

La vida del padre Hurtado fue una visita de Dios a Chile. También lo fueron Teresita de los Andes y Laurita Vicuña.

¿Qué nos quiere decir Dios con esta explosión de Santos chilenos? Teresita congrega a millares en su santuario y los jóvenes redescubren el valor de la oración contemplativa. Laurita entusiasma a las estudiantes de educación básica y el padre Hurtado reivindica la labor del sacerdote pastor que se juega por Jesucristo y no tiene miedo de ensuciarse las manos en medio del mundo para gritar la Justicia y el Amor Cristiano.

Son santos chilenos de nuestro tiempo. Nos están invitando a seguirlos. Una vida entregada a Dios puede convertir a Chile en tierra de gracia, y llenarnos con la misericordia del señor. ¿Qué haremos nosotros para aprovechar esta visita de Dios?

Ésta es la finalidad de este pequeño homenaje al querido Padre. Que conociéndolo un poco más podamos seguir su ejemplo, ya sea como campesino, estudiante, líder, seminarista, sacerdote, apóstol social o empresario de Cristo y de su Iglesia.

Que nos preguntemos honradamente ahora ¿qué haría Cristo si estuviera en mí lugar?, y nos lancemos a la acción con la confianza del santo que superó todas las dificultades con la sonrisa en los labios. Porque en el fondo de su alma, el espíritu soplaba: <<Contento, Señor, contento>>.

## NUEVO BEATO CHILENO

Testimonio

Alberto Hurtado: hombre de Dios dispuesto a la ayuda

---

Homilía del Papa Juan Pablo II<sup>1</sup>

Con estas palabras que hemos escuchado en el mensaje evangélico de hoy, Jesús responde a la petición de los hijos de Zebedeo: los apóstoles Santiago y Juan. En la narración del evangelista Marcos son ellos mismos quienes solicitan poder sentarse, en la gloria, uno a la derecha, y otro a la izquierda de su Maestro, en cambio en el relato de San Mateo la pregunta la formula su Madre.

“No sabéis lo que pedía” (Mc. 10, 38), es la respuesta de Cristo. En efecto le piden poder participar inmediatamente en la gloria del reino de Dios, mientras que el camino que el camino que lleva a ella pasa necesariamente a través del cáliz de la pasión, el cáliz que Jesús deberá beber hasta las heces. El Señor pregunta a los apóstoles: “¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?”. Ellos responden: “Si, podemos” (Mc. 10, 38). Tal vez en ese momento no saben con precisión lo que implica su asentamiento. En cambio, el Maestro sabe muy bien que, cuando llega su hora, participando del cáliz de su Pasión (cf. Mc. 10, 39), correspondiendo fielmente a la gracia del martirio.

Hasta aquí la primera parte de la respuesta de Jesús. La segunda es aún más importante. Explica a los dos hermanos que en su reino la actitud del servicio es la medida de la grandeza: “el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido ha ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate para muchos”. (Mc. 10, 44-45)

Tenemos ante vuestros ojos la escena que describe el evangelista y resuenan en lo más íntimo de nuestro corazón las palabras del maestro divino mientras, durante esta liturgia dominical, elevamos a la gloria de los altares a cinco nuevos beatos, que gastaron su vida en la consagración generosa a Dios y en el servicio generoso a sus hermanos. Son: Nicolás Roland, sacerdote y fundador de la congregación de las Religiosas del Niño Jesús; Marta Rafols, fundadora de las hermanas de la caridad de Santa Ana; Petra de San José Pérez Florido, fundadora del instituto de las religiosas “Madre de los Desamparados y San José de las Montaña”; Josefina Vannini, fundadora de la congregación de las hijas de San Camilo.

Son Hijos e Hijas de la Iglesia, llenos de Santa Osadía, que eligieron el camino del servicio, siguiendo las huellas del Hijo del hombre, quien no vino para ser servido, sino para servir, y sirvió dando su vida como rescate por muchos (cf. Mc. 10, 45)

La santidad de la iglesia tiene siempre su manantial en el misterio de la redención.

La liturgia de hoy, queridos hermanas y hermanos, nos recuerda con insistencia el misterio de la redención. Si, “tenemos un sumo sacerdote que penetró los cielos” (Hb. 4, 14). Es Cristo Jesús, el Señor crucificado, resucitado que vive en la gloria. Él fue el alma de la actividad de Nicolás Roland.

A lo largo de su vida, breve pero de gran densidad espiritual, permitió siempre que el redentor cumpliera su misión de sumo sacerdote, a través de él. Configurando con Cristo, compartía su amor a los que conducía hacia el sacerdocio “a fin de alcanzar misericordia”

---

<sup>1</sup> Durante la ceremonia de Beatificación del Padre Hurtado, 16 de Octubre de 1994.

(Hb. 4, 16) para ellos: “El amor inmenso que Jesús os tiene –les decía- es mucho más grande que vuestra infidelidad”.

Esta fe y esta esperanza indefectibles con el amor misericordioso del Verbo encarnado lo llevaron a fundar la congregación de las religiosas del niño Jesús, que se consagrarían al apostolado de la educación y de la evangelización de los niños pobres. En efecto, de manera admirable, afirmaba: “Los huérfanos representan a Jesucristo en su infancia”.

¡Bendito sea Dios que, mientras se está celebrando el sínodo de los obispos sobre la vida consagrada, nos impulsa a reconocer en Nicolás Roland, quien promovió la educación de los más pobres, un vivo ejemplo para tantos religiosos y religiosas de nuestro tiempo!

“El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir” (Mc. 10, 45) el Beato Alberto Hurtado se hizo servidor para acercar los hombres a Dios. Su profunda vida interior dejaba en quienes le trataron la imagen imborrable de Hombre de Dios siempre dispuesto a la ayuda generosa. Su figura de religioso ejemplar en el cumplimiento heroico de sus votos cobra especial realce precisamente en estos días en los que se está celebrando el Sínodo de los Obispos dedicado a la vida consagrada.

En su misterio sacerdotal, marcado por un vivo amor a la Iglesia, se distinguió como maestro en la dirección espiritual y como predicador incansable, transmitiendo a todos el fuego de Cristo que llevaba dentro, especialmente en el fomento de vacaciones sacerdotales y en la formación de laicos comprometidos en la acción social.

La vida del nuevo beato nos recuerda que el amor a Cristo no se agota en la sola persona del Verbo encarnado. Amar a Cristo es servir a todo su Cuerpo, especialmente a los más pobres: fue esta una gracia singular que el beato Alberto Hurtado recibió y que nosotros hemos de pedir incesantemente a Dios. Impactado por la situación de los pobres y movido por su fidelidad a la doctrina social de la iglesia, trabajó por remediar los males de su tiempo, enseñando a los jóvenes que “ser católicos equivale a ser sociales”. Hijo glorioso del continente americano, el beato Alberto Hurtado aparece hoy como signo preclaro de la nueva evangelización, una visita de Dios a la Patria Chilena.

## **LA IMPORTANCIA DE LA COPARTICIPACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL ENTRE LOS PRESBITEROS.**

### **Virtudes y comportamientos que han de madurar en el seminario<sup>1</sup>**

---

Mons. Diego Coletti<sup>2</sup>

#### **1.- ESPIRITUALIDAD Y COPARTICIPACIÓN**

Los dos temas principales del presente tema merecen una aclaración previa. Respecto al término <espiritualidad> se percibe la influencia de un equívoco platónico. Suele designar la determinada parte de la vida del creyente dedicada en especial a las tareas <espirituales>, como la oración, la mortificación, la celebración de los ritos culturales, etc. En contraposición a la otra dedicada a actividades <materiales>.

El sentido atribuido comúnmente al término <coparticipación> resulta así misma un tanto genérico, como si se tratase del sentido abstracto de solidaridad. Más frecuentemente este término es empleado en sentido restrictivo: identifica la coparticipación con un conjunto de ocasiones y de gestos mediante los cuales se llega a conocer la experiencia ajena, brindando a la vez acceso a la propia.

En lo referente al primer término (espiritualidad), especificamos que será empleado en su sentido propiamente cristiano. En el lenguaje del nuevo testamento designa toda la vida del discípulo, bajo todos los aspectos, en cuanto a que es conducida y conformada con Cristo por la acción del Espíritu Santo. Por lo tanto no hay dualismo alguno entre materia y espíritu: nada queda excluido- salvo el pecado- del horizonte de la espiritualidad cristiana. El espíritu de Cristo reviste con su luz y con sus dones la existencia humana entera. El culto espiritual (sería mejor traducir racional) del que habla San Pablo<sup>3</sup>, consiste precisamente en ofrecer el <cuerpo>, como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios. Y sabemos también que la palabra <Cuerpo> en lenguaje paulino, no indica una parte –la material- de la persona humana sino toda la persona humana considerada en lo concreto, en su historicidad existencial. Al hablar de las diversas espiritualidades que pueden ser descritas dentro del cuerpo eclesial –comprendida la espiritualidad del sacerdocio ministerial- queremos designar la compleja configuración que la vida cristiana, bajo todos sus aspectos, asume en una u otra vocación particular a la que el creyente quiere responder con su existencia entera.

Emplearemos el término <coparticipación>, en su significado más profundo y completo. No se trata de técnicas de comunicación interpersonal o de simples intercambios de experiencias, sino de una actitud de fondo, de una disposición permanente de la persona que la torna instintivamente sensible al otro y dispuesta a concederle un espacio amplio y una parte activa en la propia experiencia humana. La coparticipación auténtica requiere un cambio bastante profundo de mentalidad, respecto a aquella espontánea tendencia a considerar el propio mundo interior y su desenvolvimiento dentro de la complejidad de la existencia, como un bien que debe ser celosamente guardado para sí mismo. La disponibilidad para compartir brota de la convicción de que la experiencia de cada cual, ya originalmente y en principio, es un valor que pertenece a todos. Solamente si ese valor es

---

<sup>1</sup> De Seminarium Nro 2, año 1995, pp. 287-302.

<sup>2</sup> Rector del Pontificio seminario Lombardo de los santos Ambrosio y Carlos.

<sup>3</sup> Cf. Rm. 12, 1-2.

brindado a los demás con sencillez y gratuidad, con acierto y en las circunstancias apropiadas, enriquece verdaderamente al mismo sujeto portador.

El significado de este segundo término al igual que el término de <espiritualidad>, hunde sus raíces en la revelación cristiana. San Pablo en el contexto de la misma cita mencionada, afirma: <Nosotros, siendo muchos, formamos todos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros><sup>4</sup>. Por eso, negarse a compartir significa separarse del contexto vital y, con la ilusión de salvaguardar mejor la propia individualidad íntima, tornarla de hecho estéril y muerta.

La coparticipación no puede ser considerada como un elemento secundario y facultativo de la experiencia del creyente. De la calidad y profundidad de nuestra capacidad de compartir depende, en buena parte, la sustancia de nuestra vida de creyentes, la eficacia de su testimonio, la posibilidad de mantener vivo el proceso necesario de conversión permanente. Se puede afirmar desde este punto de vista, que la coparticipación debiera ser rasgo distintivo de una comunidad cristiana, y signo claro de la novedad de relaciones basadas sobre el amor al estilo de Cristo, novedad que constituye el primer fruto de donación del Espíritu Santo.

## 2.- COMPARTIR UNA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

Cuanto hemos dicho hasta aquí vale para toda existencia cristiana. Nos preguntamos: el compartir con los hermanos el propio camino cristiano ¿brota para todos del mismo modo? ¿Se guía por los mismos principios y se expresa según fórmulas universalmente válidas? O quizás –como tantas otras características de la vida del creyente– ¿asume la coparticipación matices y estilos particulares, de acuerdo con la configuración peculiar de las diversas vocaciones?

El Concilio Vaticano II y los documentos del magisterio que han tratado de esto y los documentos del magisterio que han tratado de esto y lo han aplicado respecto a la espiritualidad del sacerdocio ministerial, han subrayado una característica peculiar de esta vocación que, por voluntad de Cristo mismo, se configura a partir del mandato apostólico confiado a los presbíteros. En otros términos: no se puede describir de modo adecuado la espiritualidad del sacerdote prescindiendo de su ministerio, añadiéndole luego –como desde <afuera> de la figura vocacional ya definida en base a otros criterios- su misión y su responsabilidad frente al pueblo de Dios. El ministerio caracteriza necesariamente la esencia de la vida cristiana del discípulo que lo han escogido para vivir <como los apóstoles>. El título mismo del decreto *Presbyterorum Ordinis* sugiere esta idea: *De Presbyterorum ministerio et vita*. La existencia sacerdotal <sigue> al ministerio, en el sentido de que resulta plasmada y orientada por él.

El principio expuesto debe ser entendido con perspicacia: no es la materialidad de las <cosas que hay que hacer> la que guía la vida del sacerdote. El ministerio apostólico, más allá de sus razones inmediatas, obedece a leyes de profundo contenido teológico y espiritual. Se le reconoce la función de dar forma a la existencia sacerdotal, de determinar su espiritualidad. Tomemos algunos ejemplos para ilustrar lo que queremos decir: pensemos en la configuración del servicio humilde y desinteresado que Jesús recomendó tantas veces a sus discípulos, para que fuese el estilo fundamental de sus relaciones con la comunidad, superando toda tentación de ejercer un poder sacro o de asumir privilegios.

---

<sup>4</sup> Rm. 12, 5



Pensemos en que están destinados a obrar <in persona Christi Capitis> presidiendo la liturgia, sobre todo eucarística, y presidiendo en la caridad: de aquí brota toda una serie de formas típicas de la vida espiritual del sacerdote (en el sentido expuesto anteriormente). Pensemos en el ministerio del anuncio autorizado de la palabra y de la doctrina de la fe, con cuanto éste requiere: trato asiduo con la revelación divina, ortodoxia segura, experiencia en la reflexión teológica y en la intervención catequística, etc.

El modo típico y original que configura la espiritualidad presbiteral puede ser mejor comprendido si señalamos la forma, diferente y complementaria, que determina, por ejemplo, la vocación religiosa. Esta, aunque vaya unida al Sacramento del Orden Sagrado, como en el caso del clero religioso, tiene sus motivaciones en otro punto de partida y se configura de modo diverso. El creyente que aspira a la vida religiosa se siente ante todo llamado a identificarse con un carisma particular, encarnado en una forma de vida determinada y en la figura de un fundador o fundadora ejemplar, con su opción particular, su estilo, sus prioridades típicas. Sólo en segundo lugar, y a partir de ese carisma, se dispone a <servir> en diversos ministerios pastorales en la Iglesia. Más aún: su primer servicio a la Iglesia consistirá en mantenerse fiel a la inspiración originaria del carisma que ha elegido, y en conservarlo como riqueza ofrecida a todo el pueblo de Dios. De este modo, sin menos cabo de la generosidad y disponibilidad eclesial de los religiosos, se justifica que entre los diversos servicios eclesiales, atiendan a elegir y a promover los que se revelan en sintonía con el carisma típico de cada familia y tradición religiosa, rehusando aquellos que impiden la custodia y promoción de éste, o asumiéndolos solamente en caso de extrema necesidad y como suplencia provisoria.

En el caso de la espiritualidad presbiteral el procedimiento es inverso, por múltiples motivos; aquél que es llamado por el Espíritu de Cristo a vivir <como los apóstoles> y a asumir, en cierta medida, su misión, debe ante todo conformar su vida a las exigencias del servicio pastoral. Esta disponibilidad a servir, con las características típicas de la caridad de Cristo Cabeza y Pastor, constituye el meollo y el principio vital de su <carisma>. Para que su espiritualidad sea concreta y adecuadamente configurada, no deberá inspirarse en otros carismas o formas de vida cristiana. El ministerio es fuente original y suficiente para determinar el valor de su figura y su modo típico de servir al Señor y servir a los hermanos.

También él, como cualquier otro miembro de la comunidad eclesial, sea cual fuere su vocación, podrá buscar ayuda y ejemplo en otras espiritualidades diversas de la propia. Podrá seguir inclinaciones personales especiales y mociones interiores del Espíritu. Pero no deberá nunca sustituir por otras la inspiración fundamental inherente a su mandato apostólico, a menos que –por razones convenientes y sometidas a discernimiento- resuelva cambiar de vocación, como cuando un sacerdote ingresa en una comunidad religiosa.

Santo Tomás se refiere probablemente a un problema de este género, cuando en la Suma afirma que el episcopado es en cuanto tal un <estado de perfección> en sí mismo, y no por asimilación a la vida típica de los religiosos. En efecto, la llamada a la perfección coincide con la llamada a la caridad; la vida apostólica está constituida por la llamada a la caridad pastoral, principio autónomo y suficiente de una autentica santidad cristiana.

En base a lo expuesto hasta aquí, de modo necesariamente rápido y esquemático, podemos deducir algunas consecuencias acerca de las motivaciones típicas y los estilos apropiados de una fecunda coparticipación de la espiritualidad sacerdotal dentro del ámbito presbiteral. En primer lugar aparece la urgencia de la coparticipación. La vida del sacerdote no puede reducirse a un conjunto de esquemas rígidos y repetitivos, que no sería necesario <compartir> sino para controlar su fiel ejecución. A este propósito surge inmediatamente la

sospecha de que algunas resistencias o incapacidades para compartir se deban precisamente al hecho de haberse caído en este equívoco. La coparticipación se torna entonces pura y simple confrontación organizativa, cuestión de actividades e iniciativas en busca de una mayor eficiencia en la labor apostólica. De este modo se pierde de vista lo más importante y necesario: la comunicación dentro del horizonte de la fe, de todo aquello que cada sacerdote vive y experimenta de modo único e irrepetible, con quienes comparten la espiritualidad de su vocación. La coparticipación es necesaria porque este proceso de conformación está siempre en acto y en constante actualización –pero con fidelidad a lo estable, revelado y tradicional- de acuerdo a los cambios de las condiciones del ministerio. También la calidad y el estilo de la coparticipación derivan de cuanto hemos dicho. No nos podemos contentar con una buena educación revestida de cordialidad superficial. ¡Cuántas relaciones interpersonales entre sacerdotes se limitan a esto, como si fuera el máximo posible de alcanzar! La imagen que de aquí surge es muy parecida a la de un club de caballeros o a la de un círculo de asociación de solterones. En tales ambientes la coparticipación no pasará de conversaciones ingenuas, de intercambio de noticias (¿habladurías?) y de métodos de servicios, de una <comida social> reconfortante, etc. En cambio, cuando entra en juego el centro de la propia vivencia del creyente y de sacerdotes, la coparticipación requiere de un clima de fraternidad auténtica, de valor y sencillez para afrontar los verdaderos nudos de los problemas, de transparencia y de sinceridad. Todo esto solo puede emerger en un ambiente humano transformado por el espíritu de Cristo en una viva realidad de comunión.

En fin, los mismos contenidos de la coparticipación son orientados y determinados por el hecho de que se desea compartir la espiritualidad sacerdotal. Basta pensar en muchos <retiros espirituales> para el clero, en los que se encaran temas que no tienen nada que ver con el ministerio. Parecería a veces, que los sacerdotes están dispuestos a reflexionar juntos sobre todo tema, excepto sobre el punto que marca y plasma su existencia, o sea su servicio sacerdotal. Por el contrario, es necesario que el ministerio apostólico esté siempre presente en la coparticipación, aunque sea de manera, más o menos directa. De eso, en efecto, como ya lo hemos visto, brota la configuración vocacional y espiritual del sacerdote. Detenerse ante o fuera de estos contenidos significa condenarse a una comunicación superficial y genérica, desprovista de impacto real y decisivo sobre la espiritualidad sacerdotal, propia y ajena.

### 3.-... EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS SOCIALES Y ECLESIALES

La coparticipación de la espiritualidad sacerdotal, por estar ligada al desarrollo concreto del ministerio, no puede basarse exclusivamente sobre principios. Repercuten en ella, en su urgencia y modalidades, en la determinación de sus contenidos y en la prioridad de sus temas, las circunstancias culturales, sociales y clericales en las que viven y actúan los sacerdotes<sup>5</sup>. En un mundo orgánico de tendencia estática y relativamente simple, como el que hemos dejado atrás en los últimos decenios (pensemos en la parroquia rural, por entonces modelo mayoritario de comunidad cristiana), podía compartirse la espiritualidad sacerdotal en un plano de natural sencillez. No queremos decir que todo fuese fácil y por

---

<sup>5</sup> A esta percepción parece haber respondido el reciente Sínodo de los obispos sobre la formación sacerdotal. No se hable de ello en forma abstracta, sino teniendo presentes –con contenido programático claramente expresado desde la formulación misma del tema del Sínodo- <las circunstancias actuales>.

descontado, pero lo cierto es que la inmovilidad y solidez de los modelos ministeriales y de los estilos de vida contribuían en cierta medida a la <obiedad> de la coparticipación. El número todavía elevado de sacerdotes permitía un intercambio más amplio: recordemos el caso, no raro, de las <Canonjías>, las frecuentes reuniones para las celebraciones de oficios fúnebres, la disponibilidad recíproca para confesar y predicar..

Como en tanto otros campos de vida, se puede decir que también en lo referente a la coparticipación de la espiritualidad sacerdotal, había espontáneamente de más cuando la necesidad era menor.

De hecho, en las circunstancias actuales, no pocos factores parecen indicar que la urgencia de esta coparticipación se ha tornado, de ser posible, más fuerte y más exigente. Al mismo tiempo se han vuelto más difíciles las condiciones de su realización.

Vivimos indudablemente en una época crítica, evolutiva y compleja. La vida humana –y el misterio y la vida del sacerdote- está urgida como nunca, por un continuo proceso de adaptación y de verificación, que lleva consigo la difícil custodia de lo esencial, junto con una capacidad inédita de adaptación y de transformación de los estilos y de las costumbres, distinguiendo dentro de lo <nuevo> lo que edifica y purifica de lo que dispersa y paraliza.

A modo de ejemplo, podemos citar algunos fenómenos que saltan a la vista de todos.

Empleando una imagen, podemos decir que el sacerdote es cada vez menos un <resistente solitario> y siempre más un <atacante solidario>. La primacía de la nueva evangelización exige al nuevo sacerdote concentrar la atención de su servicio sacerdotal (y, por consiguiente, su espiritualidad sobre) sobre la prioridad del anuncio de la palabra y de la solicitud por el crecimiento de una fe adulta y consciente, fundada por íntimas convicciones interiores, y no solo sostenida por la custodia de tradiciones y por la repetición de hábitos. En este clima es difícil tener, a un mismo tiempo, la creatividad necesaria y la indispensable solidaridad. La primera tiende a aislar, la segunda arriesga homologar y mortificar. Sólo el gusto por la coparticipación y el empeño por unir el respeto de las genialidades de cada cual y un sincero esfuerzo de convergencia y de colaboración, pueden hacer madurar una espiritualidad sacerdotal adecuada a los tiempos.

Crece y se desarrolla la conciencia de la dignidad del sacerdocio universal de los bautizados. El sacerdote se manifiesta cada vez más como servidor de la expresión plena y madura de ese sacerdocio. Desaparece la idea –no evangélica, por una parte- del sacerdote <para todo>, síntesis de todos los carismas, modelo universal de vida cristiana, confinado por el respeto popular en su honorable hornacina de vida espiritual –en el sentido pagano que hemos refutado- de poder sacro, de monopolio del discernimiento moral. Desde estos diversos puntos de vista, el sacerdote ya no goza de <rentas de posición>, como se dice comúnmente. No basta mostrarse complacido de esta indudable ganancia purificadora. Es menester, además, evitar arrojar la criatura con el agua: para expresarlo, sin metáforas, evitar perder el sentido de la misión propia e intransferible del sacerdote. Por el contrario, las actuales circunstancias impulsan a aprender con nuevas formas la búsqueda de lo esencial y de lo específico en la espiritualidad sacerdotal. ¿Cómo podrá el sacerdote ejecutar una labor tan hermosa e importante, pero también tan delicada y compleja, en condiciones de soberano aislamiento, enteramente solo?

Un tercer ejemplo: el ministerio sacerdotal tiene la responsabilidad de custodiar y promover la vida cristiana en lo que tiene de más universal y objetivo, en lo que manifiestamente es esencial para todos y necesario para la salvación. Esta función

primordial era ciertamente más fácil en una cultura en la cual las dependencias y las relaciones tendían a ser objetivas y globales. Pero hoy nos encontramos en un clima cultural en el que el resurgir del subjetivismo y del espíritu crítico inducen a muchos a adoptar una conducta de dependencia condicionada y subjetiva, de adhesión parcial y selectiva. ¡Cuántos cristianos tiene su sacerdote, su grupo, su espiritualidad, su modo de concebir la fe, escogiendo cuidadosamente cuanto les satisface y rechazando lo que no corresponde a sus puntos de vista! Es fuerte la tentación, también para el sacerdote, de construirse una comunidad a su propia imagen y semejanza y de adoptar- él primero y como modelo para todos- un carisma particular, seleccionando y excluyendo de hecho, cuando no por principio, a cuantos <no se adaptan>. De este modo la Iglesia, casa de todos los redimidos, hogar que no conoce ausencia<sup>6</sup>, corre peligro de transformarse en una ciudadela habitada por fieles homogéneos y seleccionados en base criterios particulares y subjetivos que superan lo necesario para la fe salvífica. Es tal vez, inevitable que el sacerdote ponga matices personales en su ministerio, pero hay que evitar en absoluto que esos matices tengan que ser aceptados como condición necesaria, por los que quieran acceder a su ministerio. Solo una prolongada y cordial coparticipación de la espiritualidad sacerdotal podrá ayudar a los sacerdotes a conservar su propia y peculiar genialidad y, al mismo tiempo, a ponerla humildemente al servicio de todo el pueblo de Dios.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Los que hemos evocado parecen suficientes para indicar que las circunstancias culturales y sociales en que vive hoy la Iglesia impulsan a un empeño renovado en la coparticipación fraterna y cordial de la espiritualidad sacerdotal de parte de todo el presbiterio. No olvidemos que una coparticipación análoga – en formas diversas y apropiadas- deberá ser cultivada también con los laicos- sobre todo con los apostólicamente comprometidos a compartir la misión del sacerdote y a colaborar en ella- y con los religiosos y religiosas, respetando y valorizando su carisma propio. Pero esta coparticipación deberá vivirse sobre todo en el ámbito del presbiterio diocesano, con una modalidad y una profundidad que no pueden darse enteramente en otros ámbitos. Claro está que también los presbíteros religiosos, cuando se hallan ligados de modo estable a alguna función ministerial en la Diócesis, están llamados a integrarse en esta coparticipación como miembros efectivos del presbiterio, y a aportar la riqueza de su experiencia marcada por la identidad religiosa particular en la que viven su sacerdocio.

#### 4.- ALGUNAS FORMAS PRINCIPALES DE LA COPARTICIPACIÓN

En la vida del sacerdote la opción por compartir fraternalmente la propia experiencia, no puede quedar reducida a algunas técnicas, ni ser confinada a ámbitos restringidos de su vivencia. Como hemos visto debe corresponder a una profunda actitud existencial que impregne todos los momentos y aspectos de la espiritualidad sacerdotal.

Haremos resaltar algunas de las formas principales en que se realiza la coparticipación. Esbozaremos solamente ciertas características, sin olvidar que solo desempeñarían su función si se mantienen dentro del horizonte global de esa <mentalidad de coparticipación> de la que hemos hablado.

1.- Citemos en primer lugar la capacidad de colaborar, de construir una pastoral de conjunto en la que el ministerio sea vivido con un genuino sentido de solidaridad y de

---

<sup>6</sup>. Me refiero a una frase de Don Primo Mazzolari, elegida como título de un hermoso libro del sacerdote de cremona: Segismondi G., *La Chiesa, un focolare che non conosce assenze*, Estudio sobre el pensamiento de don Primo Mazzolari, Ed Porziuncola 1993.

participación. A propósito hemos querido poner en primer lugar esta forma de coparticipación, pues aquí comienza la verdadera coparticipación de la espiritualidad sacerdotal, por los motivos ya ampliamente expuestos.

Si no se parte de aquí y no se vuelve a este punto de partida, las demás formas de coparticipación y de intercambio entre sacerdotes no podrán evitar el riesgo de ser genéricas y marginales. Es aquí, más que en otra parte, donde se pueden percibir señales de resistencia debido a un errado sentido de responsabilidad individual. El sacerdote suele sentirse protagonista único y aislado de los ministerios que le han sido confiados. En este caso la coparticipación es soportada como indebida injerencia de los demás, o encerrada dentro de los límites de temáticas extrañas al ministerio, con la consecuencia de permanecer también extraños a lo propio de la espiritualidad sacerdotal. En este caso queda aún un largo camino por recorrer. Sobre todo no se trata de experimentar formas organizativas o esquemas pastorales nuevos, sino más bien de crear una mentalidad nueva, una sensibilidad difusiva que ayuden, a la vez a sentirse partícipes y corresponsables del ministerio ajeno, y a tornarse gustosamente disponibles a considerar a los demás como parte activa en la programación, verificación y realización del propio servicio ministerial.

Compartir todo, excepto el modo propio de vivir la caridad pastoral, equivale a compartir casi nada de lo que debiera realmente importarle a un sacerdote. Esto es verdad ya a nivel de un simple presbiterio parroquial. Con mayor razón vale para todas las ocasiones de encuentro e intercambio a niveles más amplios y solemnes, hasta el propio consejo presbiteral diocesano.

2.- la coparticipación de la espiritualidad sacerdotal es bien vivida y buscada por motivos justos, cuando los sacerdotes viven de modo auténtico las dimensiones fundamentales de su condición de vida apostólica. Algunos rasgos de la <apostólica vivendi forma> son: el estar interiormente libre de todo lazo impropio por personas y cosas, la prontitud que torna disponible para la obediencia en asumir ministerios y responsabilidades, y la fraternidad efectiva que se traduce en formas variadas de comunión de vida y hábita a vivir, de modo positivo, la rica trama de relaciones interpersonales y de amistad que nace del compartir los mismos ministerios en servicio de la Iglesia.

Por consiguiente habrán de evitarse cuidadosamente las actitudes contrarias: el celo de quien se encierra en la posesión complacida de los propios <bienes> espirituales y pastorales; el inmovilismo de quien ha echado raíces profundas en hábitos y estilos de vida que no van más allá de la sombra del propio campanario, sustituyendo así la fidelidad y la estabilidad por lo que en realidad no es sino miedo de cambiar y renovarse; el soberano aislamiento de quien, en lugar de cultivar con los otros sacerdotes la íntima fraternidad sacramental de la que habla el Concilio<sup>7</sup>, se limita solo a las formas de una camaradería superficial y de buena educación.

Estas conductas como sabemos, no son sugeridas por la lógica evangélica, sino más bien por modelos de vida más cercanos a la forma pagana del sacerdocio y a las maneras diversas en que se puede expresar una especie de <libre profesión> de funcionarios de lo sagrado. Y sin embargo, no es raro encontrar estos obstáculos –con frecuencia a un nivel menos consciente y explícitamente querido- en el camino de la coparticipación.

3.- Una buena coparticipación espiritual no consiste solo en palabras y discursos. Se expresa y se alimenta con muchas formas de participación existencial, con muchos gestos y sentimientos que no necesariamente son expresados en lenguaje hablado.

---

<sup>7</sup> PO, 8.

Sería erróneo, sin embargo, infravalorar el papel de la comunicación verbal, del coloquio e intercambio de palabras, en cuanto favores importantes de la coparticipación. En esta materia las cosas no son sencillas y espontáneas. Es más fácil repetir los grandes principios y las abstractas afirmaciones de valor o –en el extremo opuesto- limitarse siempre y únicamente a la comunicación de noticias, avisos y órdenes de servicio, que entrar en una verdadera comunicación en las que las palabras sean vehículos de una experiencia personal e interpielen los estratos menos superficiales de la experiencia personal del interlocutor.

Un educador de seminario escribía hace un tiempo: <Los sacerdotes comienzan pronto, desde que son seminaristas, a pronunciar discursos, es decir a expresar en palabras las verdades sublimes y las exigencias indiscutibles del evangelio. Al principio, quizás con temor y cautela, después, poco a poco, con mayor soltura, como quien ya ha aprendido el oficio. Este es el nivel del *discurso*. Luego de abandonado el ambón, los sacerdotes encuentran amigos, intercambian saludos y noticias, hablan de precios, de achaques, de deportes, cuentan anécdotas. Comienzan el tiempo indefinido de la *charla*... que es siempre tentación de caer en juicios someros, en murmuraciones de descontento, en insinuaciones malévolas, sin el coraje de devenir objeción, sin la misericordia de transformarse en comprensión.

Los sacerdotes acostumbrados a trabajar juntos valoran el camino que lleva al surgimiento de un pensamiento compartido, de un objetivo común. Cuando no es lo que más importa el demostrar que se tiene razón o se está más *aggiornado*, entonces se transmite lo que es interesante, las preguntas que hacen pensar, los consuelos que abundan en la vida sacerdotal.

Es fácil tropezar con una inercia y una conformidad que hacen penosa esta comunicación: cada cual tiene sus propias inhibiciones y presunciones. Una condición para hacer posible también a los sacerdotes... el caminar juntos es la estima recíproca. Quiero decir el convencimiento. Ampliamente corroborado por la experiencia, de que cada cual posee tesoros incontables, acumulados en horas de meditación de la Palabra de Dios, en innumerables encuentros personales, en la tenaz dedicación al ministerio y en la afición siempre nueva a escuchar a la gente, a hacerse cargo de los dramas y disgustos de los demás. Muy poco por debajo de la corteza convencional que tal vez transforma al sacerdote en un personaje, está el hombre de Dios y el tiempo que se emplea en escucharlo es serio y sincero, es tiempo ganado<sup>8</sup>.

En muchas oportunidades de encuentros entre sacerdotes es posible verificar lo dicho más arriba, tanto lo bueno como lo malo. Alguna vez se puede comprobar que, sin alternativas, se pasa del discurso predicador o conferencista de turno a la charla más superficial durante los intervalos. En cambio otras veces se puede experimentar que entre sacerdotes, aún de edad, sensibilidad y estilos pastorales diversos, nace y se estabiliza un género medio de comunicación, en el que finalmente afloran los verdaderos problemas del ministerio y de la vida de cada cual. Entonces se comparte la búsqueda, resulta un mutuo enriquecimiento y se alimenta una verdadera coparticipación espiritual.

## 5.- ¿QUÉ VIRTUDES FAVORECEN LA COPARTICIPACIÓN?

---

<sup>8</sup> DELPINI M., Elogio del genere medio. E della stima, en <La Fiaccola>, febreo 1991.

El tema que estamos tratando no es secundario en la vida del sacerdote. El compartir la espiritualidad es de importancia fundamental para garantizar el buen ejercicio del ministerio de la Nueva Alianza. Por consiguiente, se puede afirmar que todas las virtudes sacerdotales deben concurrir, de modo más o menos directo, a posibilitar su ejercicio.

La pedagogía del seminario y la formación permanente del clero deberían volverse cada vez más atentas a este aspecto de la vida sacerdotal, para favorecer en todos los ámbitos y a través de todos los proyectos educativos el crecimiento de la capacidad y el gusto de la coparticipación.

Podemos también intentar enumerar algunos comportamientos virtuosos que nos parecen particularmente importantes para salvaguardar y promover esta capacidad y este deseo.

### *I. Poner en primer lugar el Reino de Dios*

Un antiguo dicho popular afirma que la verdadera amistad no consiste en mirarse a los ojos, sino en mirar juntos hacia un objetivo común. La coparticipación, en cualquier forma que sea, solo será posible entre personas que convergen hacia el mismo ideal, que están dispuestas a vencerse a sí mismas para dedicarse a valores más grandes que la propia realización personal.

En caso contrario, la relación que se establece será un intento de apoderarse del otro para utilizarlo en provecho del propio éxito, o al menos un intento de intercambiar bienes y servicios con saldo positivo para ambos.

La lógica del reino de Dios es la contradicción más radical de este modo de pensar y de vivir. Los apóstoles del reino han aprendido que la finalidad de la vida no es <salvarse>; saben que por esta vía solo se llega a la perdición. Por el contrario, han sido llamados a <perdersen> por Jesús y por el Evangelio, tal como Jesús se ha <perdido> por ellos, y tal como lo enseña el Evangelio – buena noticia del amor incondicional y <absolutamente desinteresado> de Dios a la humanidad.

La influencia que esta primera y fundamental virtud cristiana ejerce sobre la coparticipación es tan clara como radical: si el seminarista y el sacerdote no han aprendido a renunciarse a sí mismos, a desechar el concepto de la importancia de la autorrealización, a anteponer el Reino de Dios y su lógica nueva a los propios pensamientos y deseos, todo proyecto de auténtica coparticipación los encontrará indiferentes y prevenidos.

Por el contrario el sacerdote que ha logrado mantener su ministerio y su vida a la altura de las exigencias del Reino de Dios, nada pierde por compartir con los hermanos las dimensiones más profundas y verdaderas de su espiritualidad; fácilmente se mostrará disponible para una confrontación y una coparticipación transparentes y desinteresada.

### *II. Un conocimiento propio realista y una percepción positiva de los demás*

La presentación de los grandes ideales del Evangelio y la práctica del estudio y de la especulación abstracta, ya desde los años del seminario pueden inducir a los jóvenes y a los sacerdotes, a una especie de proyección irreal de la conciencia que de sí mismos tienen. Se hacen la ilusión de poder realizar lo aprendido en teoría. Solamente por el hecho de haberlo comprendido y aceptado con aprobación y convicción plena. De este modo olvidan que siempre deberán tener en cuenta la indolencia, el hastío y la mezquindad del propio temperamento, y considerando cualquier fracaso o retardo como un incidente del camino sin mayor importancia, en breve llegan a estar incapacitados para concederse a sí mismos permiso para no ser perfectos.

Esta situación, cuando no es serenamente reconocida y corregida con paciencia, produce una serie de efectos negativos, un tanto graves.

Aún logrando evitar la consecuencia más trágica, que ocurren cuando las circunstancias imponen, sin posibilidad de evasión, el reconocimiento de la propia insignificancia y fragilidad (y entonces es posible, hasta las crisis más profundas son resultados imprevisibles), la falta de una percepción de sí, realista y serena, torna la vida hipócrita o inquieta. En ambos casos, difícilmente se estará disponible para una confrontación real y constructiva con el camino del ministerio y de la fe de los cohermanos.

Considerándolos, a su vez, como agresores indeseados e indiscretos de mi privacidad (en lo que yo mismo no entro casi nunca), estaré a la defensiva, para impedir que alcancen aquel conocimiento de sí mismo, ante el cual yo soy el primero en sentirme turbado. Las relaciones interpersonales se vuelven entonces, tímidas y embarazosas. Aparecen muchos mecanismos de defensa, entre los cuales el más peligroso es quizás la facilidad para la sujeción, la búsqueda de reglas y órdenes precisas, a las que uno obedece con tal de ser dejado en paz. Con frecuencia los seminaristas y sacerdotes que padecen de este equívoco no causan preocupaciones a los <superiores>. Pero no se podrá esperar de ellos que contribuyan activamente a la coparticipación y con frecuencia servirán para frenar todas las iniciativas al respecto.

### *III. Un desarrollo positivo y una aplicación fecunda de la afectividad*

Entendemos aquí el término <afectividad> en su sentido más amplio, que incluye también el campo de la sexualidad pero no se reduce a ella. A este abigarrado mundo de los afectos y de las emociones se le dedica una atención por demás unilateral, tendiente más a controlar y someter que a canalizar y enderezar positivamente.

La castidad es una virtud y no una simple represión del instinto sexual.

Se educa en la castidad en la medida en que se invita a saber utilizar bien el propio deseo de amar y ser amado. La virtud de la castidad no implica en absoluto rechazo o desestima de la sexualidad humana, antes bien significa energía espiritual capaz de defender el amor de los peligros del egoísmo y de favorecer su plena realización, defendiéndolo a sí mismo de todo empobrecimiento y falsificación<sup>9</sup>.

Una sana educación para el celibato debe capacitar al sacerdote para vivir efectos profundos y puros, sin temores inmotivados, con la necesaria sensatez y prudencia, sin actitudes de dominio y de exclusividad.

Junto a la necesaria verificación de la capacidad para mantenerse casto, es necesario invitar a los seminaristas y sacerdotes a ejercitarse en esa virtud, esencial para la coparticipación, que algunos llaman <empatía>. En un libro precioso sobre el celibato, el Padre Danieli la describe así: <Es la capacidad para acoger y respetar el mundo emotivo del otro... Constituye el movimiento contrario al narcisismo. Quién es capaz de empatía es capaz de una escucha profunda y sin distracciones; es persona preocupada más bien por comprender que por juzgar, respetuosa de los sentimientos ajenos. La empatía no es una actitud espontánea. Es fruto del ejercicio de la ascesis, del autodomínio y del control de los propios temores y de la voluntad de afirmarse... La práctica de la empatía permite vivir las relaciones humanas sustrayéndolas al peligro de la manipulación y de la instrumentalización. Desde el punto de vista pastoral es un recurso de notable valor y cuando en la relación interpersonal la empatía deviene atención recíproca, actitud

---

<sup>9</sup> Cf. CEI, *Direttorio de pastorale familiare*, Roma 1993, 44.



permanente de parte de ambos interlocutores, pueden ser camino hacia una amistad profunda, gratificante y transparente<sup>10</sup>.

Y, agregamos nosotros, puede ser camino hacia una coparticipación espiritual que, por el contrario, queda irremediablemente bloqueada por los comportamientos resultantes de una educación en la castidad represiva y <voluntarista>.

Se podrían hacer análogas consideraciones a propósito de la obediencia: no puede quedar reducida a una negación radical de la voluntad propia. La obediencia auténtica y evangélica no reprime sino que exalta la libertad con la que se busca la verdad de la voluntad de Dios: educa para sumir plenamente las propias responsabilidades; no paraliza la sana agresividad de una persona llamada a conducir con autoridad la comunidad cristiana, sino que se limita a impedirle expresarse en términos de poder eclesial, de autonomía aislada e indiferente a la labor de los demás.

#### *IV. El cuidado de la interioridad*

Sólo será capaz de una coparticipación espiritual auténtica quien está en condiciones de poner a disposición de los demás, en una confrontación límpida y fraterna, una interioridad rica, de continuo alimentada por una verdadera experiencia de oración y reflexión teológica y pastoral.

Las condiciones del ministerio en las circunstancias actuales no favorecen la custodia de la interioridad. A veces, parecería que los años transcurridos en el seminario, con el multiplicarse de salidas, de experiencias pastorales, de vocaciones prolongadas, de asiduidad televisiva, etc., no garantizan suficientemente una educación favorable al gusto de la interioridad.

Por otra parte, no se comparte sino lo que se posee. Un sacerdote demasiado disperso en la exterioridad de las cosas que tiene que hacer, un sacerdote que ya no estudia más, que ha reducido la oración a la ejecución obligatoria de ritos y celebraciones lingüísticas, se limitará a compartir exteriormente los niveles un tanto superficiales de su existencia.

Si no nos acostumbramos a considerar el cuidado de la interioridad como un deber primordial del ministerio, cuya autenticidad favorece (y no como un indebido antagonismo a la generosidad con que nos dedicamos a las diversas tareas ministeriales), no lograremos protegerlas de las agresiones que los ritmos frenéticos de la vida contemporánea tratan de imponernos<sup>11</sup>. Y no seremos capaces de tener con nuestros cohermanos una verdadera coparticipación espiritual.

(Traducción de las monjas benedictinas de Santa Escolástica)

---

<sup>10</sup> DANIELI M., *SI, liber ¿per chi? 11 celibato eclesiástico*, Bolonia 1995, 82-83.

<sup>11</sup> COLETTI D., *Vivere da Prete*, Casale Monferrato 1991, 137-142.

## LA COMUNIDAD SACERDOTAL<sup>1</sup>

---

Maximino Arias Reyero, Pbro.<sup>2</sup>

### 1.- Una llamada a tiempo

Debemos constatar en cada tiempo las líneas fuerza, el dinamismo del espíritu. En cada época el Espíritu inspira ciertos rasgos que deben resaltarse. Por una parte, en respuesta a las necesidades sociales y culturales. Pero también para recuperar ciertos aspectos de la enseñanza y vida de Jesús que se hayan podido oscurecer o que es conveniente proponer. En nuestra época el espíritu ha conducido al Concilio Vaticano II a revalorizar la dimensión comunitaria de la Iglesia, de tal manera que el concepto de comunión sería adecuado para expresar el núcleo profundo del Ministerio de la Iglesia, y puede ser una clave de lectura de eclesiología católica<sup>3</sup>. Y en lo que se refiere al sacerdocio, sin lugar a dudas, se resalta cada vez con más intensidad su *dimensión comunitaria, colegial*. Todo en la Iglesia participa, pues, en esta dimensión comunitaria. Y de esta manera especial, el sacerdocio. Todo el Pueblo de Dios, cada miembro, es un pueblo sacerdotal. El mismo ministerio eclesiástico es uno y único, pero está ejercitado en diversas categorías (Cf., LG, 28; PO, 7). Hay una unidad, colegialidad del episcopado a nivel universal y una colegialidad sacerdotal a nivel de la Iglesia particular o diocesana. El Obispo es miembro del Colegio Apostólico y el Presbítero y Diácono son miembro del Presbiterio o comunidad sacerdotal.

### 2.- Raíz teológica de la comunión presbiteral.

La concepción del ministerio sacerdotal como comunidad, fraternidad o colegialidad fraterna no depende de motivos de conveniencia; es una exigencia debida a su mismo ser, responde a su misma constitución. Destacaremos algunas raíces:

1.- Todo en la vida de la iglesia debe reflejar la <coinonía> trinitaria, la comunión trinitaria. De tal manera que la Trinidad puede constituirse en el gran presupuesto antológico de la unidad, diversidad y comunión, también del ministerio sacerdotal. La igualdad, distinción y comunicación total que se da en el seno de la Trinidad son el suelo ontológico en el que deben crecer las relaciones sacerdotales<sup>4</sup>.

2.- Todo en la Iglesia viene dado por su referencia a un solo Mediador, un único sacerdote de la Nueva Alianza. No hay más que un sacerdote, Jesucristo. Jesucristo es el único servidor. Pero este único sacerdocio y servicio se extiende a todos los hombres y mujeres. Además hay diversos <órdenes> o <grados> sacerdotales. Todos participan y hacen presente a Cristo de manera especial, como Cabeza de la Iglesia. Entre ellos se da una relación más íntima de personificación de Cristo, Cabeza y Pastor, y una actuación en su nombre<sup>5</sup>.

3.- Jesucristo llama a pertenecer a un solo colegio, a una sola Iglesia. Es un llamado a la unidad (Jn 17, 21). Pero esta unidad se realiza en el grupo de los Doce de manera sacramental por los Obispos. Presbíteros y Diáconos. La práctica de la llamada vida

---

<sup>1</sup> De la Revista Católica, 1995, Abril-Junio, nro 1106, pp. 130-134.

<sup>2</sup> Del Clero de la Arquidiócesis de Santiago de Chile.

<sup>3</sup> Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión, 1992.

<sup>4</sup> Cf. Pastores dabo Vobis, 12. En adelante se citará PdV.

<sup>5</sup> Cf. PdV, IS.

apostólica es una tendencia constante en la Iglesia, a lo largo de todos los siglos. Entre los que siguen surge una comunicación y participan en una común vocación de afectos y trabajos.

4.- La sacramentalidad del Presbítero apunta a una unidad de origen (Cristo), a un sacerdocio compartido (único sacerdocio), en cooperación con un solo Obispo y en una afectividad fraterna (Cf. PO, 8; Puebla 690). Los signos de la ordenación resaltan esta unidad y comunidad (SC, 57)<sup>6</sup>.

5.- Siempre en la Tradición de la Iglesia se ha considerado la unión de los discípulos y de los presbíteros como un don y una exigencia. El Presbiterio, en el que vive el sacerdote, es comunión sacerdotal y principio de comunión eclesial (Cf. LG, 28). Los Presbíteros son servidores de una sola Iglesia local o particular y signos de esta unión<sup>7</sup>.

6.- La misión del Presbítero, que es la de la Iglesia, es la de la reunión, de la unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Pero esta misión no es algo externo, es la necesaria proyección universal de la vida de la Iglesia y del presbítero.

### **3. Motivos pastorales de la comunión presbiteral<sup>8</sup>**

Además de las hondas raíces teológicas hay motivos pastorales de la comunión presbiteral. Sólo es eficaz una acción coordinada (CD 30). La concordia de los presbíteros entre sí y con el Obispo es ya en sí un hecho evangelizador. Solo escuchando y dialogando con otros es posible encontrar caminos que signifiquen avances profundos. Las nuevas formas de dirigir y de actuar implican la necesidad de consultas, acuerdos. Pero también la eficacia pastoral es mayor cuando los sacerdotes se apoyan unos a otros, se ayudan. La caridad pastoral del Presbítero no se orienta al servicio solo de los fieles, sino a la ayuda y relación fraterna en otros Presbíteros.

### **4. Motivos antropológicos de la comunión presbiteral**

Para comprender la importancia de la vida comunitaria, de la unión o comunión entre sacerdotes se pueden dar también razones <humanas>, es decir razones basadas en la misma realidad humana que tienen. Toda realidad humana tiene que responder a las exigencias del ser. Y el Presbítero no deja de ser hombre. Es claro que solo en comunidad, en relación, se puede desarrollar bien la persona humana. Sin embargo, estas mismas razones toman un peso y exigencia especial en el caso de los Presbíteros<sup>9</sup>.

El hombre y la mujer han sido creados en referencia a los demás hombres. Hemos sido creados como familia. Creación es relación. Y si bien la creación y la relación, y por lo tanto, la comunidad ha sido afectada por el pecado, no ha sido totalmente segada en sus bienes naturales. Y éstos han sido restaurados por la salvación realizada por Cristo.

Un crecimiento adecuado sólo se puede adquirir con ayuda, con comprensión, con amor. Al menos es necesaria una comunidad familiar para que nos desarrollemos normalmente. Pero, la misma familia no es suficiente para una formación y un desarrollo

---

<sup>6</sup> Cf. PdV, 17.

<sup>7</sup> Cf. J. Esquerda Bifet, Signos del Buen Pastor. Espiritualidad y misión sacerdotal. CELAM, Bogotá 1989, 207222.

<sup>8</sup> Ibidem.

<sup>9</sup> Para lo siguiente ver el Documento de la Congregación para los Institutos de la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica La vida en fraternidad; <Congregativ nos in unum Christi amor>, Roma 1994.

pleno. Se requieren otras instancias sociales como la escuela, la ciudad, etc. ¿No necesitará el Presbítero, para realizar un crecimiento adecuado la comunidad Presbiteral?

Solo dentro de una comunidad se alcanza la libertad verdadera. El hijo pródigo pensaba encontrar la libertad fuera de la casa del Padre, pero se equivocó. La libertad personal se obtiene en relación con otras libertades personales, respetándolas, aceptándolas. Solo con ayuda de otro es posible llegar a esa libertad interior, que es la base de toda otra libertad. La verdadera libertad no elimina la recta autoridad, sino que la respeta y conserva, porque sabe que sin autoridad su libertad se desvanece. Ahora bien se da también una libertad del Presbítero, del servidor de Cristo, del que debe representarle como cabeza, que no es posible alcanzar sin relación a los otros Presbíteros. Uno aprende en relación a otro la verdadera dimensión de la libertad del ministerio sacerdotal.

Sin la vida en comunidad la maduración y perfeccionamiento del hombre no es posible. En ella se aprende a amar, a superar los conflictos, a ceder. Pero en ella se acrecientan las posibilidades, se potencian las virtudes, se descubren las cualidades y las deficiencias que se tienen. En comunidad se puede experimentar la alegría, el descanso. De manera análoga ocurre en la comunidad de la Iglesia local.

Elemento fundamental de la vida comunitaria es la comunicación, el diálogo, el encuentro. Cuando una persona se encierra sobre sí misma y quiere solucionar ella sola los problemas, fácilmente fracasa. La comunicación en la verdad aumenta la calidad de la comunidad, la enriquece. Se debe comunicar con respeto, las aspiraciones y las dificultades, las circunstancias de la vida familiar, de la vida espiritual. ¿No ocurrirá lo mismo con los Presbíteros?

En la comunidad y en diálogo con otros es donde se puede adquirir una clara identidad de lo que es el hombre y la mujer; de sus posibilidades y futuro. Es donde se resuelven las dificultades y las crisis. En comunidad y no en aislamiento se adquiere un equilibrio psicológico y afectivo. La afectividad mal encauzada rompe la comunidad, porque o se aísla o es observante: ni aislamientos ni amistades posesivas logran madurez afectiva. Pero también ciertos hombres y mujeres desadaptados encuentran su lugar en la sociedad a través de una buena comunidad, donde reciben acogida y pueden superar sus limitaciones. La identidad ministerial se alcanza en diálogo con el Pueblo de Dios, ciertamente, pero también con los otros ministerios, Obispos, Sacerdotes, Diáconos.

## **5.- Motivos ministeriales de la comunión presbiteral**

Nos referimos ahora a esa comunión presbiteral en relación a otros Presbíteros. La relación a los otros miembros de la Iglesia, al Pueblo de Dios a quién sirve, es más que evidente. El presbítero es el hombre volcado a los demás. Su ministerio es para hacer servicio, para hacer comunidad. Es responsable de una comunidad y hombre de comunión (PdV, 43). Tiene que ser Padre, esposo, maestro, amigo, orientador de hombres y mujeres. Pero esta realidad no la puede adquirir sino es en relación, en diálogo con otros Presbíteros.

Sólo dentro de una familia, dentro de una comunidad se llega a ser hermanos. Sólo en comunidad se aprende a orar (Padre Nuestro!). La oración litúrgica, que es la base de toda otra oración, es esencialmente comunitaria (Eucaristía). Tampoco se puede recibir la fe sino es a través de otros. Nuestra fe es recibida, heredada, transmitida. Pero algo más profundo ocurre con el presbítero. La oración sacerdotal, el modo propio de orar del presbítero sólo se adquiere en profundidad, cuando se ora con otros copresbíteros, cuando se concelebra, cuando se comunica uno a otro su riqueza espiritual interior.

El crecimiento en la conciencia y acción de la pastoral propia del presbítero se va a adquirir día a día, pero sobre todo en el contacto con otros Presbíteros. No se trata de esta dimensión práctica-práctica, que también se facilita en contacto con otro hermano sacerdote. Se trata del espíritu Pastoral, de esa vida de entrega al servicio, de la caridad Pastoral, de esa forma sacerdotal que se instituye y se asume de otros sacerdotes.

La dimensión de autoridad, de obediencia, de renuncia no se logra sin una relación a otros, de los que dependo y los cuales dependen también de mí. A veces es difícil coordinar la autoridad con la comunión. Pero sin el principio de autoridad no habrá comunión que crezca y permanezca, el problema está en el ejercicio de la autoridad

Se podría afirmar que una sana formación en el ocio, en el descanso, tan necesaria para nuestro tiempo, sobre todo para los Presbíteros no es posible sin sentir, comunicar y contagiarse con la vida de los demás presbíteros.

Pastores dabo Vobis nos indica que la formación permanente del Presbítero depende de su unión y relación con los demás Presbíteros. Por eso llama a realizarla en encuentros del Obispo con su Presbiterio, en encuentros de espiritualidad sacerdotal (ejercicios, encuentros, retiros). E indica que son una valiosa experiencia vital para los sacerdotes las formas de vida común, las asociaciones sacerdotales, la práctica de la dirección espiritual<sup>10</sup>.

## **6. Elementos fundamentales de la comunión sacerdotal**

### *a) Comunión de personas*

Lo que hace el centro de la comunidad es la comunión. Y el primer sentido del concepto de comunión es el de la comunión de personas. La Iglesia está constituida por personas convocadas y llamadas a vivir una realidad común.

### *b) Comunión en las <cosas> santas*

Además de la comunión de las personas se da en la Iglesia la comunión en la escucha y comprensión de la Palabra de Dios.

La participación de los sacramentos, según el sentir de la Iglesia, confirma y reafirma la comunión y la unidad.

### *c) La comunión de bienes*

El testimonio de las primeras comunidades de la Iglesia acerca de la comunión de bienes está reflejado en lo escritos del nuevo testamento: <Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno> (Hch. 2, 44).

### *d) La comunión de anhelos y esperanzas*

La unidad y la comunión en la Iglesia se da también por la aspiración de los fieles a grandes metas.

---

<sup>10</sup> Cf. PdV, 80.

## **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO SYMPOSIUM INTERNACIONAL CON OCASIÓN DEL XXX ANIVERSARIO DE LA PROMULGACIÓN DEL DECRETO CONCILIAR *PRESBYTERORUM ORDINIS*. MENSAJE FINAL A TODOS LOS SACERDOTES DEL MUNDO. CIUDAD DEL VATICANO 23-28 OCTUBRE 1995**

---

*Este texto fue aprobado unánimemente por todos los participantes en el Symposium, al final de los trabajos. La crónica de este Simposio fue hecha por el Pbro. Horacio Álvarez y publicada en "Pastores" nro. 4, pp. 11-12.*

### **MENSAJE FINAL**

Desde hace treinta años el decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis* marca el camino de la Iglesia con el fin de definir la identidad, el ministerio y la vida de los presbíteros del orbe y refleja las alegrías, las esperanzas y las inquietudes de los sacerdotes que han consagrado su vida a Cristo, cabeza y Pastor, sumo y eterno sacerdote.

Animados por el estímulo del Santo Padre, nosotros, los Padres de este simposio internacional, organizado por la Congregación para el Clero con Ocasión del 30 aniversario de la promulgación del decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*, hemos reflexionado en la figura del sacerdote, en el umbral del tercer milenio, comprometido en la nueva evangelización. En la oración, en la reflexión y en las comunicaciones recíprocas, *cum Petro et sub Petro*, hemos pensado en todos los sacerdotes que con su labor silenciosa y diaria ejercen con alegría el ministerio presbiteral al servicio de las comunidades cristianas. Hemos tenido presentes en el corazón y en la mente sobre todo a los sacerdotes solos, probados por la enfermedad y ancianos; a los sacerdotes perseguidos o víctimas de la guerra y de la violencia; a los sacerdotes que por cualquier motivo viven con alguna dificultad su servicio a Dios y a la Iglesia.

La presencia de nosotros Obispos, Presidentes de las Comisiones Episcopales para el Clero de todo el Mundo, y de nosotros sacerdotes delegados de las mismas Conferencias episcopales fue la ocasión para renovar nuestra fe en Cristo Señor y Maestro, que es el Centro y el Fin de la Historia, el Señor del tiempo.

Somos conscientes que las dificultades y los desafíos no faltan. La transformación epocal de los últimos treinta años y el abrirse del tercer milenio de la Era Cristiana interpelan a todos los presbíteros a hacerse heraldos de la nueva evangelización, testimonios intrépidos del amor con el que Dios ama a cada criatura, gozosos en la cotidiana fidelidad y feliz disponibilidad al Señor que es el Patrón de la mies.

Confirmamos que el ser y el obrar de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo son indispensables e insustituibles. Ministros de la eucaristía, dispensadores de la misericordia divina en el sacramento de la Reconciliación, consoladores de las almas, guías de todos los fieles en las borrascosas dificultades de la vida, los presbíteros obran por mandato e *<in persona Christi Capitis>*.

Durante este Symposium hemos tomado mayor conciencia que debemos continuamente caminar hacia la plena realización de nuestra identidad sacerdotal. Nuestra espiritualidad nos impulsa a renovar en Dios la fe, la esperanza y la caridad.

Estamos convencidos de que la forma permanente es un deber prioritario y urgente. *Servidores del ministerio*, anclados en la Palabra de Dios, estamos llamados a crecer cada día en la gracia para ser verdaderamente testimonios del evangelio.

*Servidores de la comunión*, debemos realizar continuamente una mayor integración personal y comunitaria para el servicio a la Iglesia, que es la familia de los hijos de Dios. *Servidores de la misión*, estamos llamados a responder con entusiasmo a los signos de los tiempos, tratando de comprender y valorar en criterios de discernimiento evangélico las circunstancias culturales y sociales que cambian rápidamente y que desafían nuestra misión de servicio a toda la humanidad. En nuestra entrega generosa, seria y constante, tendremos siempre la certeza de la gratuidad de la llamada en nuestras vidas y descubrimientos que no hay lugar para el desaliento; que nuestro servicio es siempre un don gozoso que atrae el amor y la bendición de Dios.

Por lo tanto:

Nosotros Obispos y sacerdotes, representantes de las Conferencias Episcopales del Mundo:

- expresamos nuestro reconocimiento al Santo Padre y a la Congregación para el Clero por la oportunidad ofrecida de profundizar el Decreto Conciliar, teniendo presente el camino Magisterial de estos treinta años;
- constatamos con gozo que los trabajos que se han desarrollado en un clima de auténtica comunión y de fraternidad sacerdotal y que los temas tratados han sido enriquecidos con aportes teológicos, espirituales y pastorales;
- con el siguiente Mensaje *nos dirigimos a todos los sacerdotes del mundo*, proponiéndoles algunas reflexiones:

### **Identidad del presbítero**

*El ministerio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su cuerpo. Por eso, el sacerdocio de los presbíteros supone, desde luego, los sacramentos de la iniciación cristiana; sin embargo, se confiere por aquel especial sacramento con el que los presbíteros, por la unción del espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza de la Iglesia.*

*Presbyterorum Ordinis, 2*

*El conocimiento recto y profundo de la naturaleza y misión del sacerdocio ministeriales el presupuesto irrenunciable, y al mismo tiempo la guía más segura y el estímulo más incisivo, para desarrollar en la Iglesia la acción Pastoral de promoción y discernimiento de las vocaciones sacerdotales, y de la formación de los llamados al ministerio ordenado.*

*Pastores dabo vobis, 11*

*Por lo tanto, el sacerdocio ministerial hace tangible la acción propia de Cristo cabeza y testimonia que Cristo no se ha alejado de su Iglesia, sino que continúa vivificándola con su sacerdocio permanente.*

*Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 1*

Para que el sacerdote pueda ser *sal y levadura* en las actuales circunstancias sociales y culturales, recomendamos profundizar en la identidad presbiteral. Es tal la claridad y conciencia de la propia identidad que determina el equilibrio de la vida sacerdotal y la fecundidad del ministerio pastoral que de ella deriva. A tal propósito se sugiere:

1.- Los sacerdotes, en un tema de contemplativo silencio, reflexionen sobre la propia vocación que es un don y un misterio; don por el que debemos agradecer y misterio por descubrir y apreciar.

2.- Para el cumplimiento de esta vocación es necesario configurarse esencialmente con la imagen de Cristo sacerdote que muestra los rasgos específicos en el testimonio de su fidelidad y en la donación gozosa de sí mismo en el ministerio.

3.- La dimensión eclesiológica asume un aspecto importante y decisivo en la identidad presbiteral que se manifiesta en la comunión y en la fraternidad sacramental. Ésta se realiza en la comunión con la vida trinitaria, con Cristo y, en la Iglesia con el Sumo Pontífice, con el Colegio Episcopal, con los religiosos y religiosas y, en modo especial, con el propio obispo y con los hermanos sacerdotes en el ministerio, en forma visible y significativa. Comunión, por lo tanto que nos e busca en el consenso humano y en las mayorías, sino en Aquel que es la Verdad y el Amor.

4.- A tal fin, los Obispos, padres y pastores, están invitados a ofrecer a sus sacerdotes ocasiones siempre mayores para reflexionar sobre su identidad sacerdotal, recurriendo a los medios más eficaces a este objetivo: retiros, jornadas de profundización y encuentro fraterno, conferencias.

Sabrán, además, favorecer una respetuosa y afectuosa familiaridad con los propios sacerdotes. Particular preocupación se recomienda en el presentar adecuadamente a los mismos sacerdotes todos los documentos pontificios y de los diversos dicasterios de la Santa Sede relacionados con la vida y el ministerio de los presbíteros, seleccionando relatores preparados y de probada ortodoxia.

5.- La profundización y el estudio sistemático de la teología sacramental del Orden, tanto en el período de formación seminarística, cuanto en los programas de formación permanente es un compromiso indispensable. En tal modo los sacerdotes adquirirían un mayor conocimiento no sólo teórico, sino también concreto, de modo que las ideas encuentren una correspondencia a todas las exigencias de su vida y ministerio.

6.- En este momento de la vida de la Iglesia y del mundo, particular importancia adquieren los evangélicos de la pobreza, la obediencia y la castidad. En cuanto al celibato, reconocemos que debe ser aceptado y vivido como don y carisma, así como es apreciado por toda la tradición y que es acogido providencialmente por toda la Iglesia Latina como condición necesaria para el acceso necesario al presbiterado. Se trata de un precioso don que hace el Señor a su Iglesia. La profundización de sus razones bíblicas, teológicas y pastorales, en la línea indicada por el más reciente eclesiástico, debe hacer parte integrante del estudio y de la enseñanza sobre la identidad y espiritualidad del sacerdocio. Aquellos que son llamados a este carisma lo vivan con gozo, con un espíritu de agradecimiento al señor y de total entrega a los fieles.

7.- Nos auguramos que la próxima asamblea plenaria de la Congregación para el Clero sobre El Diaconado Permanente pueda contribuir a delinear con mayor claridad la relación de los presbíteros con los demás grados del Orden. De este modo saldrán ulteriores elementos para presentar y entender la identidad del sacerdotes.

8.- Se pide la profundización de una reflexión teológica que tenga las tradiciones de la Iglesia católica y de las Iglesias ortodoxas con respecto a la identidad, espiritualidad y servicio pastoral de los presbíteros, para que también en este campo se realice el anhelado intercambio de dones y comunión de propósitos.

9.- Sobre el plano teológico y sobre aquel operativo, urge profundizar la distinción entre sacerdocio bautismal y sacerdocio ordenado. Dado que en algunos países por falta de sacerdotes, resulta cada vez más frecuente la participación de diáconos, religiosos y laicos en la vida de las comunidades parroquiales, es necesaria la elaboración de normas para la correcta comprensión y aplicación del can. 517, 2, del Código de Derecho Canónico. Es de



desea, al respecto un documento claro, breve y práctico que valorando plenamente toda vocación y la necesaria integridad del ministerio presbiteral, asegure la fecundidad apostólica de la nueva evangelización.

10.- Reconociendo la valiosa obra desarrollada por los Institutos de Vida Consagrada, es de desear que en el ámbito de la formación de los futuros sacerdotes diocesanos, en la medida de las posibilidades –teniendo en cuenta la realidad concreta de cada lugar- se asegure una mayor presencia del clero diocesano en el equipo de formadores, para permitir un testimonio personal y vivo de la espiritualidad diocesana propia del sacerdocio inserto en la iglesia particular.

### **La misión y el ministerio del presbítero en la Iglesia y en el mundo de transformación para una nueva evangelización**

*Los presbíteros, que ejercen el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, según su parte de autoridad, reúnen en nombre del Obispo, la familia de Dios, como una fraternidad de un solo ánimo y por Cristo, en el espíritu, la conducen a Dios Padre. Y para ejercer este ministerio, como para cumplir las restantes funciones del presbítero, se les confiere la potestad espiritual, que ciertamente se da para edificación (cf. 2Co 10, 8; 13, 10).*

*Presbyterorum Ordinis, 6*

*Los presbíteros están llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado.*

*Pastores dabo vivis, 15*

*El sacerdote, como prolongación visible y signo sacramental de Cristo, estando como está frente a la iglesia y al mundo como origen permanente y siempre nuevo de salvación, se encuentra insertado en el dinamismo trinitario con una particular responsabilidad. Su identidad mana del ministerium Verbi et sacramentorum.*

*Directorio, 4*

En la prospectiva de la eclesiología de comunión en la que se debe considerar el ministerio sacerdotal, se han formulado algunas propuestas para hacer más eficaz la acción misionera que, en el umbral del tercer milenio, está comprometida en la nueva evangelización.

1.- Para la incisividad del esfuerzo apostólico resulta indispensable un intenso programa de trabajo, realmente abierto a los designios del señor. Este proyecto debería realizarse tanto a nivel de conferencias episcopales como a nivel de diócesis, parroquias y comunidades. Una vez determinadas las líneas de trabajo, en concordancia con el Magisterio de la Iglesia, también es indispensable fijar fechas precisas para el logro de los objetivos trazados, revisando periódicamente los progresos realizados.

2.- La pastoral vocacional debe ocupar un lugar privilegiado en el contexto de toda la actividad misionera. Por tanto se propone que en cada diócesis algunos sacerdotes se dediquen a tiempo completo a las vocaciones destinadas al seminario menor y a las destinadas al seminario mayor.

Esto siendo conscientes del hecho de que las vocaciones son Don de Dios que todo su Pueblo debe pedir con la oración constante. Se deberá promover una sensibilidad especial en orden a la santidad de los sacerdotes, a la pastoral de las confesiones y de la dirección espiritual (cf. Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, nn 53-54).

3.- Para favorecer una participación apostólica, así como para estimular la ayuda mutua entre los presbíteros en el cumplimiento de su misión, se sugiere la construcción de

estructuras diocesanas e interdiocesanas (si es posible también nacionales e internacionales) de ejemplar fidelidad al Magisterio y a la disciplina eclesiástica, que ayuden a todo sacerdote a sentirse parte de la Iglesia Universal.

4.- Parte fundamental de la misión pastoral es la formación de la conciencia de los bautizados, en una situación cultural de debilidad del sentido de discernimiento ético. En modo particular, los sacerdotes se sientan comprometidos a transmitir con claridad las enseñanzas de la Iglesia en materia de divorcio, de aborto y de eutanasia, porque a ninguno es lícito matar a un ser humano que es tal desde el primer momento de su concepción hasta la muerte natural.

5.- Hablando con la relación de los fieles, se sugiere además:

a.- en la formación de los sacerdotes, prepararlos para un trabajo en equipo que han de realizar junto con los laicos, en la más clara especificidad de sus respectivas funciones;

b.- destinar algunos sacerdotes a la formación de los laicos, a su inserción en la vida apostólica para la animación de lo temporal y a su constante atención espiritual.

c.- cada párroco sepa también descubrir, especialmente entre los jóvenes, a las personas que considere más idóneas para una colaboración en la parroquia: este sistema por un lado, alivia el peso de las ocupaciones y, por otro, brinda una magnífica ocasión para dirigir las almas más sensibles a una mayor conciencia de las responsabilidades bautismales y puede constituir una excelente oportunidad de discernimiento de cuantos se sienten llamados a un especial compromiso en la vida consagrada.

6.- En el campo de los medios de comunicación social: para poder usar este poderoso medio de evangelización es necesario que las Conferencias episcopales se preocupen de preparar con profesionalidad y científicamente a sacerdotes y laicos, entre los más adecuados, a desempeñar este ministerio.

7.- En cada diócesis y parroquia téngase presente todas las exigencias que caracterizan una sociedad en cambio continuo: la inmigración, el turismo, las situaciones de guerra, la violencia en general, los varios tipos de pobreza, comenzando por la del espíritu, etc. Una atención particular se debe dar a los cristianos que se encuentran en complejas e irregulares situaciones pastorales. Se busque una respuesta pastoral adecuada y siempre conforme a la misión salvífica que el Redentor ha dado a su Iglesia.

8.- sin perder de vista la autenticidad del mensaje evangélico y con debida prudencia, se busquen las legítimas formas de inculturación que asumen los valores culturales y las características de cada pueblo, a la luz de plena revelación de Cristo.

## LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

*<Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto> (Mt 5, 48). Ahora bien, los sacerdotes están obligados de manera especial a alcanzar esta perfección, ya que, consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo. Sacerdote eterno, para proseguir en el tiempo la obra admirable, del que, con celeste eficacia, reintegró a todo el género humano. Así, pues, puesto que todo sacerdote, a su modo, representa la persona del mismo Cristo, es también enriquecido de gracia particular para que mejor pueda alcanzar, por el servicio de los fieles que se le han confiado y de todo el Pueblo de Dios, la perfección de aquel a quien representa, y cure la flaqueza humana de la carne la santidad de Aquel que fue hecho para nosotros <pontífice Santo, inocente, sin mácula, y separado de los pecadores> (Hb 7, 26).  
Presbyterorum Ordinis, 12*

*Mediante la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, en cuanto cabeza y Pastor de la Iglesia (...) Gracias a esta consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se comprendían en su caridad pastoral.*

*Pastores dabo vobis, 21*

*Los presbíteros mantendrán vivo su ministerio con una espiritual a la que darán primacía absoluta, evitando descuidarla a causa de las diversas actividades. Para desarrollar un ministerio pastoral fructuoso, el sacerdote necesita tener una sintonía particular y profunda con Cristo, el Buen Pastor, el único protagonista principal de cada acción pastoral.*

*Directorio, 38*

*Medios de perfección espiritual*

1.- El presbítero, consciente de la urgente necesidad de la unión íntima con Dios, deberá buscar tiempos para la oración personal, la lectura espiritual y el rezo del rosario. También la confesión periódica y la dirección espiritual son medios indispensables para progresar en la vida espiritual, así mismo la dimensión contemplativa de adoración y de intimidad profunda con el Señor, en la Eucaristía y en las Sagradas Escrituras.

2.- Particular atención se debe dar a la devoción de la Madre de Dios, la cual, como Madre de los sacerdotes, debe estar constantemente presente en la misión y en la vida espiritual de los sacerdotes.

3.- es preciso también organizar jornadas de retiro y de fraternidad sacerdotal a nivel local, diocesano, nacional e internacional (Cf. *Directorio*, 81; 85).

*El ministerio como medio de santificación personal*

4.- Los presbíteros realicen su ministerio como medio de santificación personal, buscando el equilibrio entre interioridad y actividad pastoral, haciendo de su propio trabajo pastoral una verdadera oración.

5.- Sepan ofrecer todo a Dios con un corazón generoso, capaz de abrazar con generosidad todo sacrificio que conlleve la realización de la propia misión.

*La caridad pastoral*

6.- Los presbíteros vivan su propia responsabilidad en unión con Cristo, Buen Pastor, fuente de la caridad. La vida eucarística, diaria e íntima, constituya un impulso de entrega generosa al servicio de la propia diócesis, en el gran horizonte de la Iglesia Universal.

7.- Se les ha de formar en la caridad pastoral para vivir la acogida misericordia a todos, especialmente a los hermanos que atraviesan alguna dificultad y a cuantos, no conociendo aún la Verdad, deben poder recibir no sólo el pan y la asistencia material, sino también, y sobre todo, a Cristo, camino, verdad y vida.

## **LA COMUNIÓN Y FRATERNIDAD ENTRE LOS PRESBÍTEROS**

*Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio Obispo, forman un solo presbiterio. Porque, aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal a favor de los hombres (...)*

*Todos conspiran, ciertamente, a un mismo fin, la edificación del cuerpo de Cristo que, en nuestros días señaladamente, requieren múltiples organismos y nuevas acomodaciones. De*

*ahí que sea de gran importancia que todos los sacerdotes, diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente a fin de ser siempre cooperadores de la verdad (cf. 3Jn 8)*

*Presbyterorum Ordinis, 8*

*El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado solo en la medida en que el presbítero esté unido con Cristo mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral, y por lo tanto en la medida en que esté en comunión jerárquica con el propio Obispo. El ministerio ordenado tiene una radical <forma comunitaria> y puede ser ejercido sólo como <una tarea colectiva> (...) Cada sacerdote, tanto diocesano como religioso, está unido a los demás miembros de este presbiterio, gracias al sacramento del Orden, con vínculos particulares de caridad apostólica, de ministerio, de fraternidad.*

*Pastores dabo vobis, 17*

*El presbítero está unido al Ordo Presbyterorum constituyendo una unidad que puede considerarse como verdadera familia, en la que los vínculos no proceden de la carne o de la sangre sino de la gracia del Orden.*

*Directorio, 25*

1.- Como primer punto, se constató la importancia del Obispo como figura autorizada de Padre y amigo, siempre capaz de asumir sus propias e indelegables responsabilidades.

a. El Obispo es promotor de la comunicación entre los presbíteros: se propone la organización periódica de convivencias, reuniones, momentos en participación fraterna, de oración y mutua solidaridad. Estos eventos deben estar abiertos a los sacerdotes diocesanos y religiosos, jóvenes y ancianos, incluidos los de los nuevos movimientos, es una perspectiva de acogida y de respeto de los carismas reconocidos por la Iglesia.

b. El Obispo debe poder conocer personalmente a cada uno de los sacerdotes que le ha confiado. En las pequeñas diócesis lo puede hacer directamente; en las más grandes se pueden nombrar algunos sacerdotes que, en estrechísima relación y comunión con el Obispo, se dedique a la atención espiritual de sus hermanos en el sacerdocio. Sería ausplicable –en los modos y en los tiempos que se consideren más oportunos por la autoridad competente– una revisión territorial de esas grandes diócesis para reducir su magnitud a dimensiones más humanas.

c. Asimismo, el Obispo debe velar por sus sacerdotes: es decir, debe asegurarse de que ninguno de ellos caiga en situaciones de riesgo, como una soledad marcada, un abandono moral y espiritual, etc. Se solicitó, por unanimidad que, en la medida de las posibilidades, se trate de favorecer que se confíen las parroquias a comunidades sacerdotales, salvo cuando establece el Código de derecho Canónico.

2.- Por su parte, el sacerdote puede promover este encuentro filial y fraterno con su Obispo y con sus hermanos sacerdote también por medio de un constante esfuerzo de benevolencia, que subraye las virtudes y las cualidades de los demás, corrigiendo oportunamente sus defectos y errores, pero siempre atentos a valerse de las buenas iniciativas realizadas en las diversas diócesis para crear una atmósfera eclesial de entusiasmo.

## **LA FORMACIÓN PERMANENTE**

*Para fomentar la unión con Cristo en todas las circunstancias de la vida. Aparte el ejercicio consciente de su ministerio, gozan los presbíteros de medios comunes y particulares, nuevos y antiguos, que el Espíritu Santo no deja nunca de suscitar en el Pueblo de Dios, y la Iglesia recomienda y hasta manda también algunas veces para la santificación de sus miembros.*

*Presbyterorum Ordonis, 18*

*El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote para que coopere responsablemente y asuma la formación permanente como un deber que se le confía. De esta manera, la formación permanente es expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser. Es pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un acto de amor al Pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote. Más aún, es un acto de Justicia verdadera y propia: él es el deudor para con el Pueblo de Dios, pues ha sido llamado a reconocer y promover el derecho fundamental de ser destinatario de la Palabra de Dios, de los Sacramentos y del servicio de la caridad, que son el contenido original e irrenunciable del misterio pastoral del sacerdote. La formación permanente es necesaria para que el sacerdote pueda responder debidamente a este derecho del Pueblo de Dios. Pastores dabo vobis, 70.*

*La formación permanente es un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su Pueblo. Esta formación consiste, en la práctica, en ayudar a todos los sacerdotes a dar una respuesta generosa en el empeño requerido por la dignidad y la responsabilidad, que Dios les ha confiado por medio del Sacramento del Orden; en cuidar, defender y desarrollar su específica identidad y vocación; es santificarse a sí mismos y a los demás mediante el ejercicio del ministerio. Directorio, 71.*

1. Confirmando nuevamente la prioridad de la formación permanente, consideramos necesaria una sólida base filosófica y teológica inicial. Se sugiere que el mayor número posible de sacerdotes concluya una licencia en filosofía y teología: para ello será necesario invertir en el estudio algunos años del ministerio pastoral posterior a la ordenación. Con todo, se ha de evitar la búsqueda afanosa de títulos académicos, preocupándose más bien por la absoluta seriedad de la formación integral.
2. En particular los Obispos se preocupen de promover una mentalidad abierta a la formación desde los primeros años de seminario. Como exigencia directa del sacramento del orden. Además, dediquen a la formación permanente algunos sacerdotes de entre los más competentes. Concretamente se sugiere formar equipos de formación permanente itinerantes.
3. Se considera oportuno crear instituciones regionales de formación permanente, que aseguren la conformidad con las directrices de la Santa Sede. Mientras tanto se pueden ofrecer equipos de formación permanente itinerantes.
4. Constitúyanse organismos a nivel nacional y continental, para la programación y coordinación de los diversos programas de formación permanente (espiritual, intelectual, humana y pastoral).
5. La congregación para el Clero, en cumplimiento de su competencia de animación de la vida y el ministerio de los sacerdotes, se compromete a dedicar especial atención a su formación permanente, sea siguiendo los proyectos propuestos por las Conferencias Episcopales que ofreciendo las mismas sugerencias y una eventual colaboración efectiva, bien a través del Instituto "Sacrum Ministerium", que el Dicasterio mantiene en Roma para la formación de los futuros operadores de formación permanente, como también por medio de la Revista "Sacrum Ministerium", destinada a la renovación del clero.

Los Obispos consideren la urgencia de ofrecer docentes más cualificados y competentes para una adecuada formación permanente. Además inviten a los sacerdotes a frecuentar la lectura específica de temas de formación. No se olviden de una apropiada formación en los campos de la Ciencia y de la cultura, parte integrante de una preparación al diálogo con el mundo moderno y con su evangelización.

7. En la medida de las posibilidades, constitúyanse centros de espiritualidad sacerdotal, casas para retiros y oración, en donde los sacerdotes puedan encontrar consejo, amistad, ayuda espiritual y formativa, y en donde se animen a compartir a compartir sus experiencias y necesidades.

8. Consideramos, además, que se debe asignar a cada neosacerdote un presbítero con experiencia que le sirva de padre, amigo y formador en sus primeros años de ministerio.

9. Se pide también que, en los diversos niveles eclesiales: universal, nacional y regional, se instituyan escuelas, servicios, subsidios capaces de formar y sostener a los formadores de los presbíteros.

10. Como fundamento de una formación continua, basándonos en las experiencias positivas realizadas en algunas diócesis, proponemos que se introduzca en el seminario un año propedéutico, antes de comenzar los estudios eclesiásticos, dedicando específicamente a la vida espiritual, a reforzar la vida de unión con Dios y a adquirir un nivel mínimo de formación catequística.

## CONCLUSIÓN

Los participantes en el simposio internacional, cardenales y arzobispos de la Curia romana, superiores y oficiales de la Congregación para el Clero, obispos responsables del clero de las diversas conferencias Episcopales, sacerdotes en representación del clero para todo el mundo, religiosas y laicos colaboradores, aquí reunidos, expresamos nuestra más sentida gratitud a vosotros, sacerdotes de todo el mundo. Queremos hacernos portavoces de toda la Iglesia para deciros: ¡Gracias!

*Gracias por vuestra vida*, consagrada por Cristo mediante la imposición de manos de vuestros Obispos, marcada por el carácter sacramental que os configura ontológicamente a Cristo, pastor y esposo de la Iglesia, y que, insertados en la Iglesia y ante ella, os convierte en signos visibles de su amor salvífico y de su acción santificadora.

*Gracias a vosotros, sacerdotes que os dedicáis a la cura de las almas*, en las parroquias, en las comunidades, en los ambientes de las culturas, del trabajo, del sufrimiento, dondequiera que el hombre esté presente. Gracias por las horas pasadas en el confesionario, por el tiempo que dedicáis a hablar y escuchar a la gente, ayudándola a descubrir y corresponder al plan de Dios. Gracias por la administración de los sacramentos, por la celebración fiel y devota de la santa misa, por haceros portavoces de la Iglesia y de toda la creación en la celebración diaria del Oficio Divino.

*Gracias por vuestra entrega*, vivida diariamente en vuestros innumerables trabajos, con vuestro cansancio. Pensamos en todos los que trabajáis donde el reducido número de los presbíteros aumenta considerablemente el pondus diario y exige de vosotros generosidad, a veces incluso hasta el heroísmo.

*Gracias a vosotros sacerdotes misioneros de la fe*, que lleváis en vuestro cuerpo los signos de la pasión de Cristo y de la Iglesia. Sois para nosotros una llamada constante a la esencia del amor auténtico: dar la vida por la obra de Cristo.

*Gracias a vosotros misioneros*, que lleváis hasta los últimos confines de la tierra y hasta los últimos confines del espíritu humano, a Cristo, única salvación.

*Gracias a vosotros, miembros de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica*, que vivís vuestro sacerdocio en la riqueza de los carismas de vuestros fundadores. Y a vosotros, sacerdotes contemplativos, que, en los monasterios, hacéis palpitar el corazón del mundo, gracias.

*Gracias a vosotros, jóvenes sacerdotes*, que con vuestro sí, habéis ofrecido a Cristo y a la Iglesia vuestras vidas jóvenes. Que vuestro entusiasmo se renueve día a día y en toda circunstancia de vuestra vida.

*Gracias a vosotros, sacerdotes ancianos, y a vosotros, enfermos*, que, a pesar de la disminución de vuestras fuerzas vitales, vivís plenamente vuestro ministerio en nuevas situaciones existenciales.

*Gracias a vosotros sacerdotes*, que guiados por la doctrina social de la Iglesia, y en comunión con ella, dais testimonio de un compromiso particular por la justicia a favor de los pobres, de las poblaciones indígenas, de los inmigrantes y de todas las formas de marginación.

*Gracias a vosotros sacerdotes, que afrontáis con fortaleza cada desafío del mundo y, santamente, orgullosos de vuestra identidad, lleváis con amor también su signo exterior, como llamada de servicio pastoral y testimonio en un mundo secularizado.*

*Gracias a vosotros, hombres y mujeres* que animáis a vuestros sacerdotes con vuestro afecto y vuestra oración, prestando una colaboración efectiva al ministerio sacerdotal. A vosotros, madres y padres de los sacerdotes, os expresamos una gratitud muy especial.

*Gracias a Ti, Pedro*, que con tu ejemplo de vida sacerdotal y tu magisterio pontificio, confirmas a tus hermanos sacerdotes en su pertenencia a Cristo y en su generoso servicio a la Iglesia y, por eso mismo, en su servicio al hombre.

Nuestra gratitud afectuosa va, en particular, a todos vosotros, sacerdotes que vivís momentos difíciles de soledad, cansancio y desaliento. Una certeza os acompañe: no estáis solos. La presencia de Cristo se hace presente en la fraternidad del presbiterio y en el rostro de vuestra Iglesia.

Nos encontramos en el umbral del Tercer Milenio. La gran tarea que nos espera consiste en llevar la novedad de la persona de Jesús y de su mensaje a un mundo marcado por contradicciones, convirtiéndonos, en él, en signos creíbles y visibles de Cristo, buen Pastor. Esa es la maravillosa aventura divino-humana, a la que hemos sido llamados.

María, Madre de Cristo y de la Iglesia, a la que queremos acoger en nuestra casa y a la que encomendamos todo, nos sostenga en este camino.

*Este texto fue aprobado unánimemente por todos los participantes en el Symposium, al final de los trabajos, el 28 de octubre de 1995.*

## RECENSIONES

---

### “MADRE Y MUERTE”

Olegario González de Cardedal. Ediciones Sígueme – Salamanca, 1993

Muchos sacerdotes nos cuentan, que la verdadera soledad sólo la han conocido el día que murió su madre. Este libro puede ayudarlos a todos. A los que todavía tenemos la gracia de su compañía, para aprender a valorarla y prepararnos para su posible partida y para aquellos que ya padecen su ausencia y necesitan una palabra lúcida de un hermano que comparte su dolor.

“Casi todos los poetas han hablado de sus madres y casi todos los teólogos han guardado silencio sobre ellas. Un religioso pudor les ha cerrado los labios como si les debieran, con el amor, el secreto que ha religado sus vidas.

Pero el amor se puede expresar también recatadamente como palabra agradecida delante de Dios y testimoniadora en medio de la comunidad de quienes creen, esperan y aman. Todo amor verdadero a otro hombre o mujer es un reverbero del amor creador y santificador de Dios. Por eso hacer memoria de él es otra forma de alabanza divina”. Este libro refleja una experiencia personal capaz de ahondar hasta la universalidad que funda a todo hombre. Quien no tiene nada que decir sobre la muerte no tiene nada que decir sobre la vida. Y quién, como teólogo no tiene una palabra verdadera sobre la muerte, no tiene una palabra verdadera sobre Dios. La cruz de Cristo sella sentido y destino para el mundo. El autor levanta acta de tres muertes, o de la desaparición de las tres matrices de su existencia: la madre, la aldea en que nació, la cultura en la que cuajó su espíritu. “Madre y muerte son palabras sagradas y penúltimas. Sagradas y últimas son Dios y vida”.

Por Pbro. Manuel Pascual  
Buenos Aires

### “RAIZ DE LA ESPERANZA”

Olegario González de Cardedal. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1995.

El sacerdote no solo debe ser un hombre de esperanza, sino que debe sostener y alimentar la esperanza de su pueblo. Él es un hombre frágil como todos, pero arraigado en Dios, por la fe y el amor, se hace capaz de acoger el dolor y el desaliento de sus hermanos, encendiendo en el centro de sus noches la luz de la esperanza.

“La esperanza en Dios es posible cuando su realidad divina es mediada en el mundo por palabras, acciones y rostros amorosos, que le significan y hacen presente, suscitando esperanzas históricas, que se convierten en signos de benevolencia y en anticipo de su donación manifiesta en el futuro.

La esperanza se acredita en la vida –no solo es para el futuro- y frente a la muerte –no se agota en este mundo.

Tiene por tanto que transformar la vida y trascender la muerte. Una esperanza teologal, que no transforma ya al hombre de este mundo, dándole la capacidad necesaria para crear esperanzas históricas mediante la superación de la pobreza, de la injusticia, del sinsentido y del pecado, es un narcótico que aliena la vida presente, a la vez que hace sospechosa e



indigna esa hipotética vida futura. Pero una esperanza que no traspasa la muerte, agotándose en el tiempo y en el mundo, deja sin explicar las últimas necesidades e intencionalidades de la vida personal y no es una verdadera esperanza.

Raíz de la esperanza son la memoria y el deseo, la promesa y el crédito, la fe y el amor. Quien tiene esperanza fundada, ése tiene capacidad creadora, es libre para servir y renunciar, se santifica en el mundo. Pero, ¿quién nos asegura que la esperanza no defrauda? Estas son preguntas esenciales ante la vida y ante la muerte. ¿Qué espero? ¿Qué me espera? ¿Me espera alguien?

La esperanza de Dios en el hombre funda la esperanza del hombre en Dios. Dios espera en nosotros y nos espera.

Por Pbro. Manuel Pascual. Buenos Aires.

## NOTICIAS

---

### EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES

En la casa de Ejercicios de Villa Cura Brochero (Pcia. de Córdoba). Dirigidos por el R.P. Ernesto López Rosas, S.J. Del lunes 3 al viernes 7 de junio. Para informes e inscripción llamar a Hermana Clara: (0544-70051)

### FACULTAD DE DERECHO CANONICO SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Ofrece la posibilidad de cursar la Licenciatura en Derecho Canónico y, a partir del segundo semestre de este año, también el ciclo de doctorado. También se dictan cursos breves sobre diversos temas de orden canónico-pastoral. Los alumnos clérigos podrán alojarse en parroquias o en el convictorio de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

Informes e inscripción: Edificio “San Alberto Magno” en Puerto Madero. Avda. Dávila 1500 (1107) Buenos Aires. Teléfono y fax: 01-345-5430

### JORNADAS NACIONALES DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA

En el Colegio de los Hermanos Marianistas (Luján – Pcia. de Buenos Aires). A cargo de Mons. Luis Augusto Castro Quiroga, de las Obras Misionales Pontificias de Colombia. Los días 26, 27, y 28 de julio. Para informes e inscripción: Obras Misionales Pontificas. Medrano 735 – (1179) Buenos Aires. Teléfono: 01-862-4136

### ENCUENTRO SACERDOTAL CON MOTIVO DEL TRIGÉSIMO ANIVERSARIO DE PRESBYTERORUM ORDINIS

Tendrá lugar en la Mariápolis Andrea (O’Higgins – Pcia. de Buenos Aires), los días 2, 3y 4 de julio. Tema: “Trinidad: fuente de la identidad sacerdotal. Propuestas para una pastoral de comunión”.

#### PROGRAMA:

Día 2 de julio:

“Hacia una teología de la comunidad”. P. Piero Coda (Profesor de la Pontificia Universidad Lateranense y consultor de la Conferencia Episcopal Italiana).

“La llamada de los presbíteros a la perfección”, P. Silvano Cola (Responsable de la rama sacerdotal del Movimiento de los Focolares).

Día 3 de julio:

“La espiritualidad colectiva”, video de Chiara Lubich.

“Novedad de la espiritualidad colectiva en la reflexión teológica”, P. Piero Coda.

“Experiencia e historia de los orígenes del Movimiento de los Focolares”, Lía Brunet (Responsable del Movimiento en la Argentina).

Día 4 de julio:

“Meditación”, P. Silvano Cola. Diálogo abierto.

Cuota de participación \$50.- (llevar alba, estola, sábanas y toallas)

Informes e inscripción: Centro Sacerdotal Nacional. Mariápolis Andrea, c.c. 29 (6748) O’Higgins – Bs. As. Tel/fax: 0362-92141